

# LOS VIAJES DE PLATÓN A SIRACUSA

Un acercamiento a uno de los más emblemáticos viajes político y filosófico de la historia del pensamiento europeo.

## LAS RAZONES DEL VIAJE

Cuando Platón zarpó hacia Siracusa, alrededor del 368 a.C., albergaba, según él mismo relata, pensamientos contradictorios. Ya había visitado una vez la ciudad, cuando la gobernaba el temible tirano Dionisio el Viejo, y no lo había seducido demasiado la relajada vida siciliana. ¿Cómo, se preguntaba, podían los jóvenes aprender a ser moderados y justos en un sitio donde "la alegría consistía sólo en atiborrarse un par de veces al día y dormir en compañía todas las noches?" Semejante ciudad no podría nunca liberarse de un interminable ciclo de despotismo y revolución.

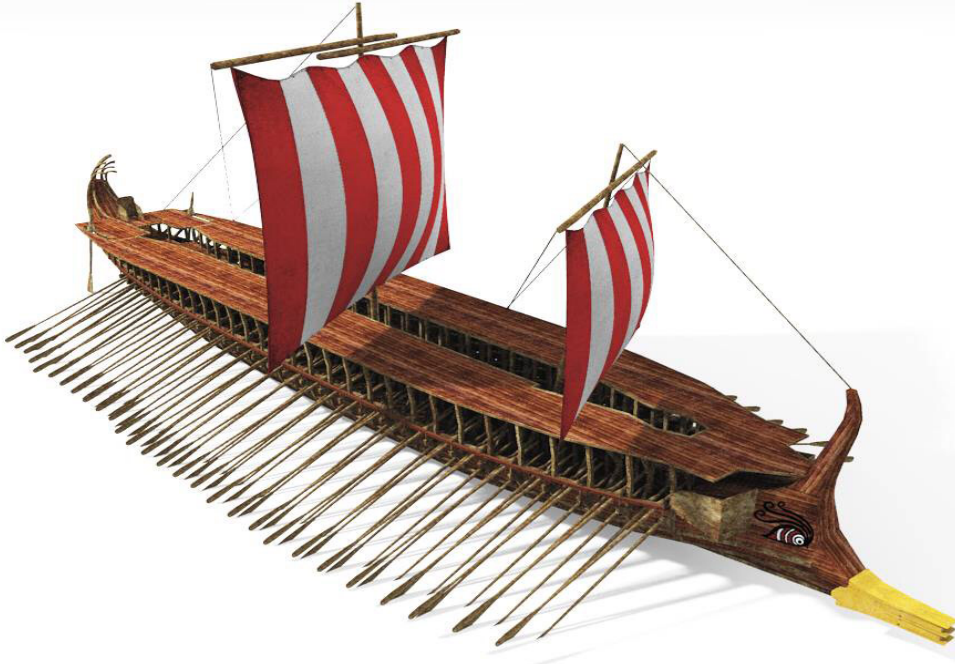
¿Por qué, entonces, decidió volver? Al parecer Platón tenía un discípulo en Sicilia, tierra que ahora no se mostraba tan imposible de reformar como antes este mismo discípulo había supuesto. Se trataba de un noble llamado Dión, que en su juventud se había convertido en devoto de Platón y de la causa de la filosofía, y que acababa de enviarle una carta en la que le informaba que Dionisio el Viejo había muerto y que su hijo, Dionisio el Joven, había heredado el poder. A la vez amigo y cuñado del joven Dionisio, Dión estaba convencido de que el nuevo gobernante se sentía interesado por la filosofía y deseaba comportarse de manera justa. Todo lo que necesitaba, según el punto de vista de Dión, era recibir una buena instrucción y nadie mejor que el mismo Platón para ofrecérsela directamente. Suplicó a su viejo maestro que lo visitara y éste, venciendo serios recelos, partió finalmente hacia Sicilia.

Según cuenta en su Séptima carta, Platón había soñado en ocasiones con entrar en la vida política, pero el régimen dictatorial de los Treinta de Atenas (404-403 a.C.) lo había disuadido por completo. Después, cuando el gobierno democrático que sucedió a los Treinta llevó a la muerte a su amigo y maestro Sócrates, él renunció a sus ambiciones políticas. De manera similar a su personaje Sócrates en *El banquete*, Platón llegó a la conclusión de que cuando un régimen es corrupto poco puede hacerse para modificarlo.

Sin embargo, Dión era un hombre decidido. Se había convencido a sí mismo —y más tarde intentaría convencer a Platón— de que Dionisio era ese espécimen tan especial: un gobernante filósofo. Platón tenía sus dudas; aun así, confiaba en el carácter de Dión, aunque sabía que "los jóvenes siempre están en condiciones de caer presas de repentinos y repetidos impulsos inconsistentes". Sin embargo también razonaba —o quizá racionalizara sólo para sí mismo— que si no se aferraba a esta rara oportunidad y hacía el esfuerzo de llevar a un tirano hacia la práctica de la justicia, podría ser acusado de cobardía y deslealtad a la filosofía. Entonces aceptó ir a Siracusa.

*Mark Lillo, La seducción de Siracusa.*

## UN VIAJE DE ATENAS A SIRACUSA EN EL SIGLO IV AC

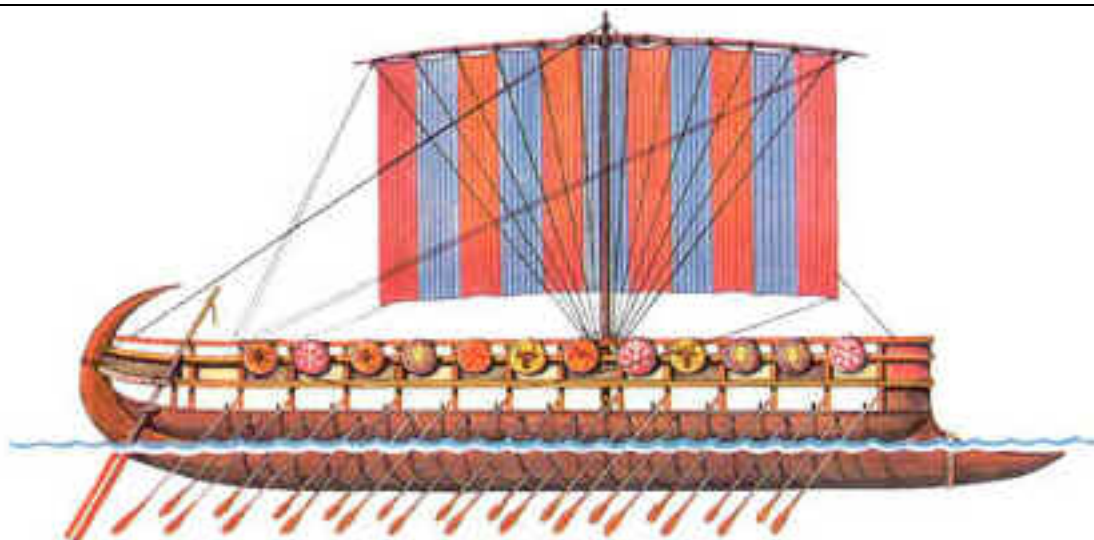


TRIRREME

### FORMAS DE NAVEGACIÓN, TIPOS DE BARCO, RUTAS:

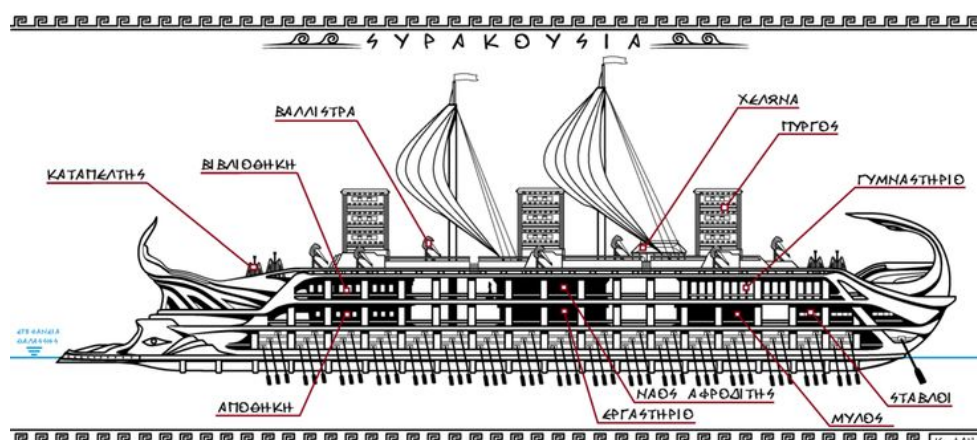
*“... ¿quieres, Cebes, que te haga una exposición de mi segunda navegación en la búsqueda de la causa en la que me ocupé?”[1]  
Fedón o del alma (99d)*

Las naves antiguas, combinan el velamen y los remos para obtener la fuerza motriz de desplazamiento. Este tipo de barcos incluyen un gran abanico de posibilidades en cuanto a su forma y estructura. Podemos encontrar pequeños mercantes, carentes de bodega y donde la mercancía se coloca sobre la misma cubierta del barco; naves ligeras destinadas a la exploración y a las racias; barcos de guerra, etc. Por lo general, casi todos estos tipos de embarcaciones, exceptuando las que poseían varias órdenes de remeros, poseían una **eslora** mucho mayor en proporción a la **manga** y una altura del casco (**puntal**) muy reducida. El hecho de poseer ambos sistemas de propulsión los hacía aptos tanto para la **navegación de altura** como para la de **cabotaje**, ya que además, gracias a su poco calado, podían desplazarse sin apenas problemas por aguas poco profundas y eran idóneas para la exploración costera y fluvial.



BIRREME

La añadidura de una fila de remeros más a cada lado del navío, situados sobre sendos salientes a cada una de las bandas dio lugar a la aparición de las birremes, conocidas ya por griegos y fenicios en el siglo VIII a.C.. Pero sin duda, el avance técnico más decisivo en la tipología de los buques de guerra y que llevó a suponer el máximo desarrollo de la **galera** en época antigua fue la añadidura de una orden de remeros más, a las birremes, lo cual dio lugar a las denominadas trirremes . En estas, unos 180 hombres se organizaban en seis hileras, tres a **babor** y otras tres a **estribor**, las cuales estaban a diferentes alturas. Esta superposición en tres filas de los remos permitió triplicar la fuerza de desplazamiento sin apenas alterar la envergadura de la nave. Su velocidad máxima sería de unos 11,5 nudos. Además del aumento de velocidad, con las trirremes también se mejoró la maniobrabilidad y la capacidad de aceleración, algo que aumentaba considerablemente los daños que podía producir el **espolón** a la hora de embestir al enemigo. El casco de estas poseía entre 35 y 40 metros de eslora y una manga de tan solo 3,5 metros de casco, donde iban colocados las filas superiores de remeros, con los que la manga aumentaría hasta los 5 o 6 metros.



El período de hegemonía de las trirremes coincidió con el del florecimiento de las ciudades-estado griegas, en especial de Atenas. Estas hicieron posible el control del Mediterráneo Oriental por parte de Atenas en el siglo V a.C. y fueron muy habituales en todo el ámbito mediterráneo durante este momento (V-IV a.C.). A finales del siglo V a.C., los sicilianos crearon una modificación sustancial en sus trirremes que perfiló la transición hacia un nuevo tipo de barco: la galera helenística. Este cambio consistía en reforzar la proa de sus trirremes, mediante la adhesión de serviolas o pescantes, para colisionar contra la proa del enemigo. Esto permitió a los sicilianos acabar con la escuadra ateniense.. A partir de la expedición a Sicilia (415-413 a.C.), con el desastre absoluto de las fuerzas atenienses, la velocidad y la agilidad de las embarcaciones dejaron de ser una prioridad y lo que se pasó a priorizar fue la fuerza bruta en la técnica del abordaje y el acorazamiento de las naves. A partir del siglo IV a.C. comenzó en el Mediterráneo una carrera armamentística naval durante la cual empezaron a construirse y a desarrollarse unos modelos navales muy diferentes a los anteriores, como fue el caso de las cuadrirremes , quinquerremes , etc. El precursor y principal instigador de este hecho fue Dionisio de Siracusa, quien en el año 399 a.C. comenzó a fabricar navíos de este tipo. En estos nuevos tipos de barcos, no se añadían nuevas órdenes de remeros sino que lo que se ampliaba era el número de personas que movían un mismo remo. La estructura base seguía siendo la del birreme o trirreme pero la solución pasaba por colocar a dos remeros en una o varias de las filas de remos, lo que además permitía el embarque de más soldados al aumentar su tamaño.

El segundo tipo de embarcaciones, según el criterio de clasificación usado en este trabajo, es el que engloba a aquellas cuya fuente de movimiento va a consistir fundamentalmente en la propulsión a vela. Por lo general, estos navíos solían ser mercantes de gran tamaño, destinados al comercio mediterráneo realizado por rutas de alta mar. Estos navíos también podían poseer una pequeña cantidad de remos que sólo eran utilizados para salvar ciertas circunstancias propias de la navegación cómo podían ser el maniobrar a la entrada de los puertos, el salvar tormentas, variar el rumbo de la nave, etc. Una de las diferencias fundamentales entre estos grandes barcos y los que hemos estudiado antes de propulsión mixta era las proporciones de su casco. Mientras que los navíos movidos a vela y remos eran más bien alargados y con muy poco calado, los barcos de transporte, movidos exclusivamente por un velamen, tenían una forma más ovalada, con una proporción entre manga y eslora menor y la obra viva del casco era bastante mayor, debido fundamentalmente a la existencia de una bodega cerrada donde viajaban las mercancías.

Sergio Sistac Marina

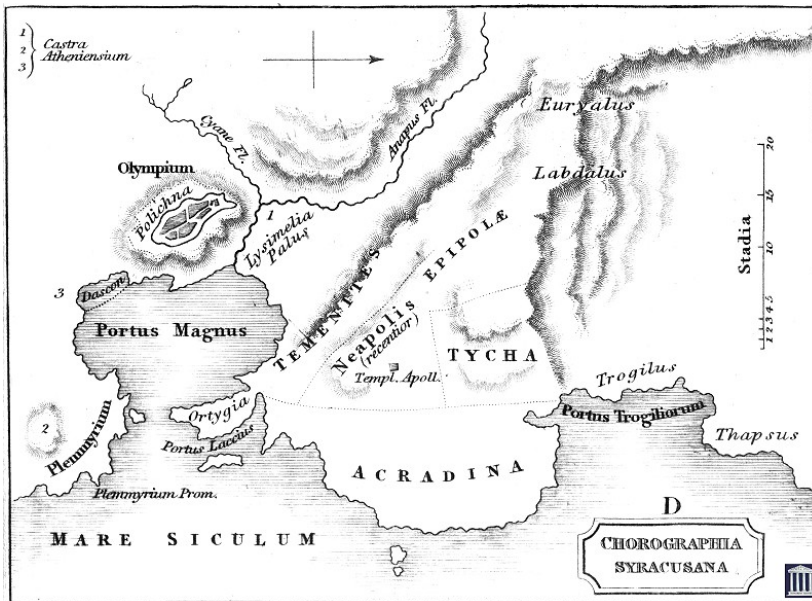
## PUERTOS

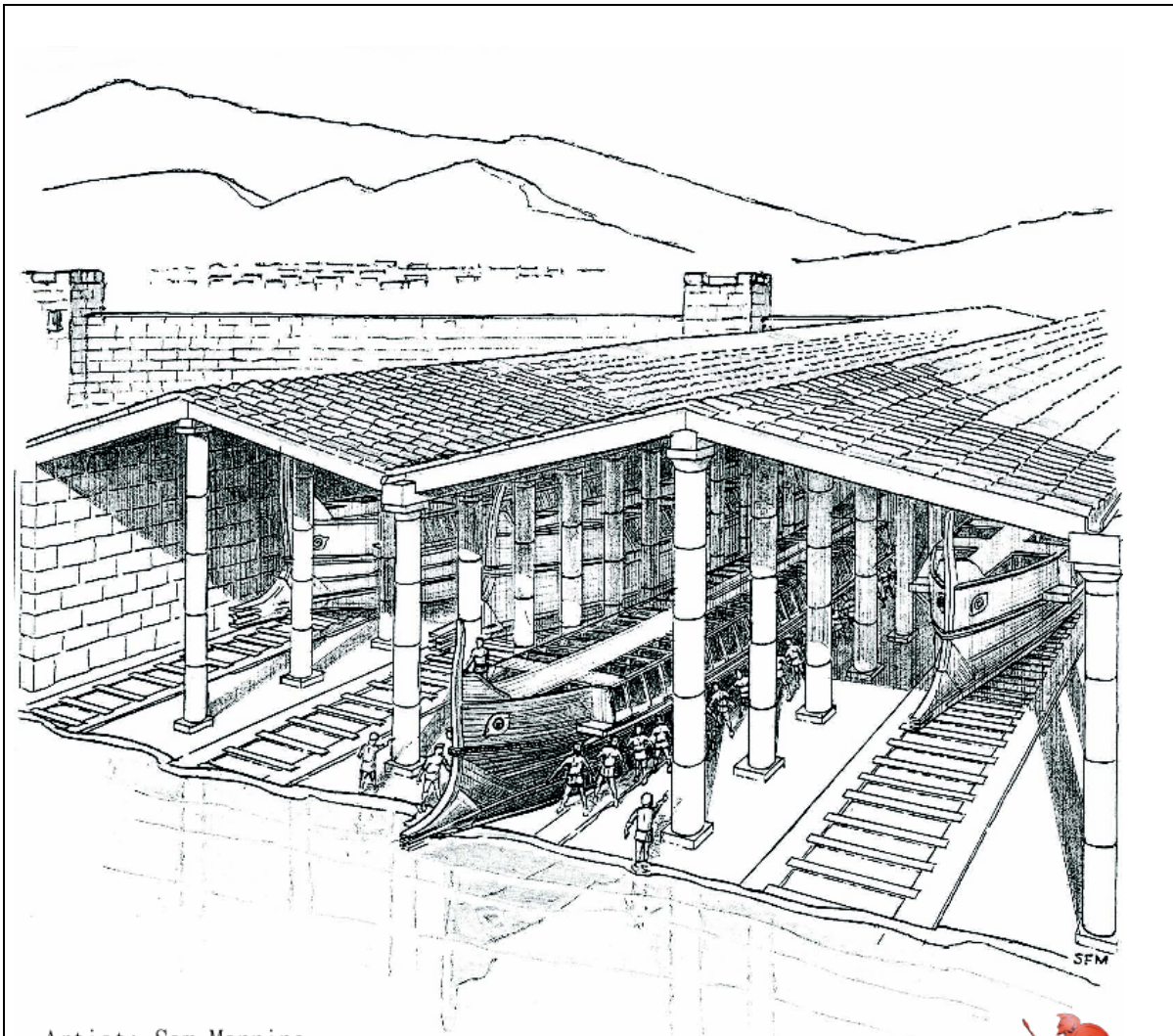


Los puertos propiamente dichos, con grandes y complejas construcciones para el servicio de las naves aparecieron relativamente tarde en el ámbito mediterráneo. Además, no se puede hablar de una fecha concreta a la hora de establecer el surgimiento de estos lugares, entiendo a estos como un punto fijo de intercambio de mercancías, con una serie de elementos auxiliares, tales como infraestructuras para mejorar el abrigo contra el oleaje, diques, construcciones para el desembarco de personas y cargamento, muelles, almacenes, naves donde reparar y proteger los barcos, etc. Lo cierto es que todos estos elementos que forman parte del puerto fueron apareciendo y desarrollándose en el tiempo según las necesidades a las que se debía responder en cada momento. Por otra parte, este desarrollo tampoco fue uniforme en el tiempo y mientras en el Oriente mediterráneo las culturas egipcia y minoica llevaban a cabo la construcción de los primeros puertos, como el antiguo puerto de Faros (Fig. 57), en otros puntos de la cuenca mediterránea, sobre todo en Occidente, las técnicas constructivas marítimas apenas habían empezado a surgir.

Una de las principales funciones de los puertos, además de su clara labor de punto de intercambio de mercancías provenientes del comercio marítimo mediterráneo, era la de lugar de resguardo de las naves en determinadas épocas del año. Con la aparición de la galera, se hizo necesaria la adaptación de los puertos para que pudieran responder a las nuevas dimensiones y proporciones de este tipo de embarcaciones. Por otra parte, su

eminente carácter bélico hacía necesario que estas estuviesen protegidas de los posibles ataques que podían sufrir los puertos. Es por este motivo que los principales puertos del Mediterráneo comenzaron a dotarse de lugares destinados a salvaguardar este tipo de navíos y que se conocen con el nombre de arsenales, los cuales empezaron a florecer a partir del siglo V a.C. Estos estaban compuestos, a su vez, por diversos edificios, situados de forma seguida, donde se construían, reguardaban, reparaban y rearmaban las naves que formaban estas flotas de galeras. Dichos edificios eran naves grandes y alargadas, pero no demasiado anchas. Estas estaban sustentadas con columnas o pilares y la techumbre que las cubría estaba hecha de madera. Por dentro estas construcciones eran diáfanas y la forma de hacer entrar y salir las embarcaciones era rodando, mediante una serie de troncos rodillos de madera situados en el suelo.





Artist: Sam Manning



El puerto del Pireo en el mar Egeo fue uno de los que tuvo una mayor relevancia histórica en época Antigua ya que fue la base de la potente flota ateniense durante los siglos V y IV a.C. Este puerto se divide a su vez en tres radas, de las cuales dos de ellas se destinaron a la armada, Zea y Munichia, mientras que la tercera se utilizó como puerto comercial debido a ser la más expuesta al mar, la más grande y, por tanto, la más vulnerable a un ataque.





Las excavaciones llevadas a cabo en la zona de Zea en 1885 permitieron conocer el aspecto y las dimensiones de este arsenal. Se cree que este estaría compuesto por sucesivas naves con cubiertas de madera y cada una de ellas estaría sustentada por tres grupos de columnas: más bajas las laterales, que a la par sustentan las dos naves yuxtapuestas a cada lado; y más altas las centrales, correspondientes a la parte superior de la techumbre. Mediante este tipo de construcción, cada nave poseía dos espacios gemelos que servían para albergar a sendas embarcaciones bajo su techo, con los remos y mástiles desmontados. En esta campaña de excavación se descubrieron cuatro naves completas y una parcialmente. La importancia de estos hallazgos pertenecientes a estas estructuras destinadas a la construcción, arreglo y almacenaje de este tipo de navíos nos son de gran ayuda a la hora de conocer las dimensiones reales que poseían los trirremes, dado el vacío existente en el registro arqueológico sobre estos. En este caso del puerto de Zea en el Pireo, cada nave tiene una anchura máxima de 13 metros, aunque únicamente 11 metros son útiles, mientras que la longitud de estos espacios oscilan entre los 38 y los 40 metros, con un desnivel máximo de unos 5,52 metros, debido al cual la parte más baja queda sumergida en el agua del puerto.

El último punto importante que nos queda por tratar ya en este apartado es el relacionado con los elementos de señalización marítima, los cuales eran imprescindibles para la acción de navegar en época Antigua. En el estudio de estos se acentúa todavía más si cabe la falta casi absoluta de datos arqueológicos, seguramente porque este tipo de estructuras eran de una naturaleza frágil y dispersa, que bien han sido removidas, reutilizadas o han desaparecido por la acción del tiempo. Los diversos tipos de señalización marina que se utilizaron en la Antigüedad se pueden clasificar en: señalización portuaria, faros costeros y luces de barcos.

Todos los puertos del Mediterráneo contaban en su entrada, a modo de indicación, con una baliza portuaria o faro portuario, y otra señal personal y propia que lo identificaba.. Ambas se situaban una a cada lado de la bocana del puerto en cuestión. La existencia de estos elementos de señalización en los puertos ha sido corroborada por el estudio y análisis de una gran cantidad de yacimientos, de los que no ha habido ninguno que no poseyera estos dos elementos significativos. La cultura fenicia es la más antigua de la que se conoce que utilizaron, estos faros portuarios o balizas.

Los faros costeros, por su parte, eran estructuras que señalaban la situación de la costa a los navegantes. Tenían como finalidad la de ayudar a la navegación, nocturna y diurna, pero también poseían otros cometidos relacionados con la vigilancia de la costa y de comunicación. La ubicación de la mayoría de estos faros se correspondía de acuerdo con la función de señalar todos aquellos cambios de alineación de la costa o desembocaduras de ríos, de forma que desde uno de ellos se pudiese ver el siguiente y el anterior, a la vez que eran fácilmente visibles desde el mar.

Finalmente, en la navegación nocturna jugaba un papel importante las luces de señalización que llevaban las naves diseñadas para realizar travesías de larga duración. Hay constatación arqueológica de la existencia de ánforas luminarias, al menos desde el período asirio, para marcar la situación del navío en las horas nocturnas o de poca visibilidad. Estos dispositivos consistían en ánforas taladradas con orificios por los que salía la luz del fuego que se situaba en el interior y que iban atadas a la proa o la popa de la embarcación. Este sistema se encuentra también corroborado por alguna representación iconográfica, entre las que destaca el relieve hecho en un sarcófago procedente de Ostia. En este relieve de origen romano aparecen tres embarcaciones, de las cuales una lleva en su popa una de estas ánforas luminarias.

*Sergio Sistac Marina*



### **RUTAS DE NAVEGACIÓN EN EL MEDITERRÁNEO**

“Suele atribuirse a los marinos la capacidad de leer el cielo y lo cierto es que aventurarse en la mar sin esa cualidad es más que una temeridad, especialmente en un trayecto largo. En travesías de varios días no basta con saber detectar las tempestades a tiempo; es necesario saber de antemano si el viento será favorable (y seguro) durante todo el camino, que imprevistos pueden surgir y si podremos sortearlos. El problema es que no resulta fácil hacer una predicción fiable del tiempo que hallaremos cien kilómetros más allá, la experiencia acumulada en viajes anteriores es la única garantía posible. Una ruta no es sólo un espacio físico; es la certeza de que las condiciones climáticas en un momento y espacio dados son estables, que podemos predecir los posibles problemas y sortearlos siguiendo un trazado concreto o usando una determinada técnica de navegación.”

“Una ruta es información razonablemente precisa sobre el régimen de vientos en cada región: saber en qué meses predominan los vientos favorables, que peligros pueden presentarse y cuándo son más frecuentes. No es suficiente con saber que una derrota determinada es practicable durante toda la época que los romanos llamaron *mare apertum*; es necesario saber en qué mes es más segura y en cual menos. Cualquier ruta de navegación es, en realidad, un corpus de saber acumulado que responde a una serie de condiciones de la navegación propias de un lugar y una época concretos.”

“Las rutas de navegación en el Mediterráneo no son practicables (ni seguras) todo el año y su régimen de vientos se caracteriza por el cambio constante-

Finalmente, en lo que se refiere a la acción del viento sobre el barco, es un condicionante al que a menudo se presta poca atención y que, sin embargo, esclaviza a los navegantes hasta el punto de tener que dar grandes rodeos para contrarrestarla. La deriva del barco hacia sotavento es uno de los mayores problemas de la navegación a vela y condiciona en buena medida el trazado de las rutas. Aunque es posible disminuir notablemente la deriva del barco con la quilla de aleta, ésta era desconocida en la antigüedad; de modo que la única

manera de contrarrestar sus efectos era preverlo y ajustar la ruta en consecuencia.(...)

“De cualquier modo, el hecho de no poder navegar en todas direcciones supone que el navegante tiene que trazar su rumbo previendo el efecto de deriva y los posibles cambios en la dirección del viento. La manera de hacerlo es procurar aprovechar cualquier circunstancia que permita acercarse al origen del viento (en argot, ganar barlovento ), con el fin de contrarrestar el efecto de deriva y de asegurarnos viento favorable en los tramos complicados. Ganar barlovento es el criterio principal, junto con la seguridad, para establecer una ruta de navegación. La mejor ruta no es necesariamente la más directa o la teóricamente más rápida, si no la que ofrezca un modo de compensar la deriva y de solventar contratiempos..”

*Las condiciones atmosféricas durante la época de navegación*

“A partir del mes de abril y hasta la llegada del verano, la entrada de masas de aire frío del Atlántico al Mediterráneo se reduce a medida que el anticiclón de las Azores va ganando fuerza. Sin la llegada de aire polar, los vientos locales más peligrosos y los gérmenes ciclónicos (tormentas) se producen cada vez con menor frecuencia; así que la situación mejora notablemente de cara a la navegación. Es ahora cuando cobra todo el protagonismo la masa de aire de origen sahariano, cálida, seca y cargada de partículas de polvo que se precipitan con la lluvia en primavera y que enturbian la atmósfera en verano.

La primavera mediterránea es más el paso del invierno al verano que una estación en sí misma: Mientras abril sigue siendo un mes casi invernal, con frecuentes perturbaciones atmosféricas, en mayo el verano prácticamente ya se ha instalado, aunque sigan apareciendo algunas borrascas y vientos locales más o menos fuertes, como el Mistral o el Sirocco, hasta más o menos mediados de junio. Durante el verano, de mediados de junio a mediados de agosto, es cuando realmente se habla de buen tiempo, pues los temporales son auténticas anomalías.”

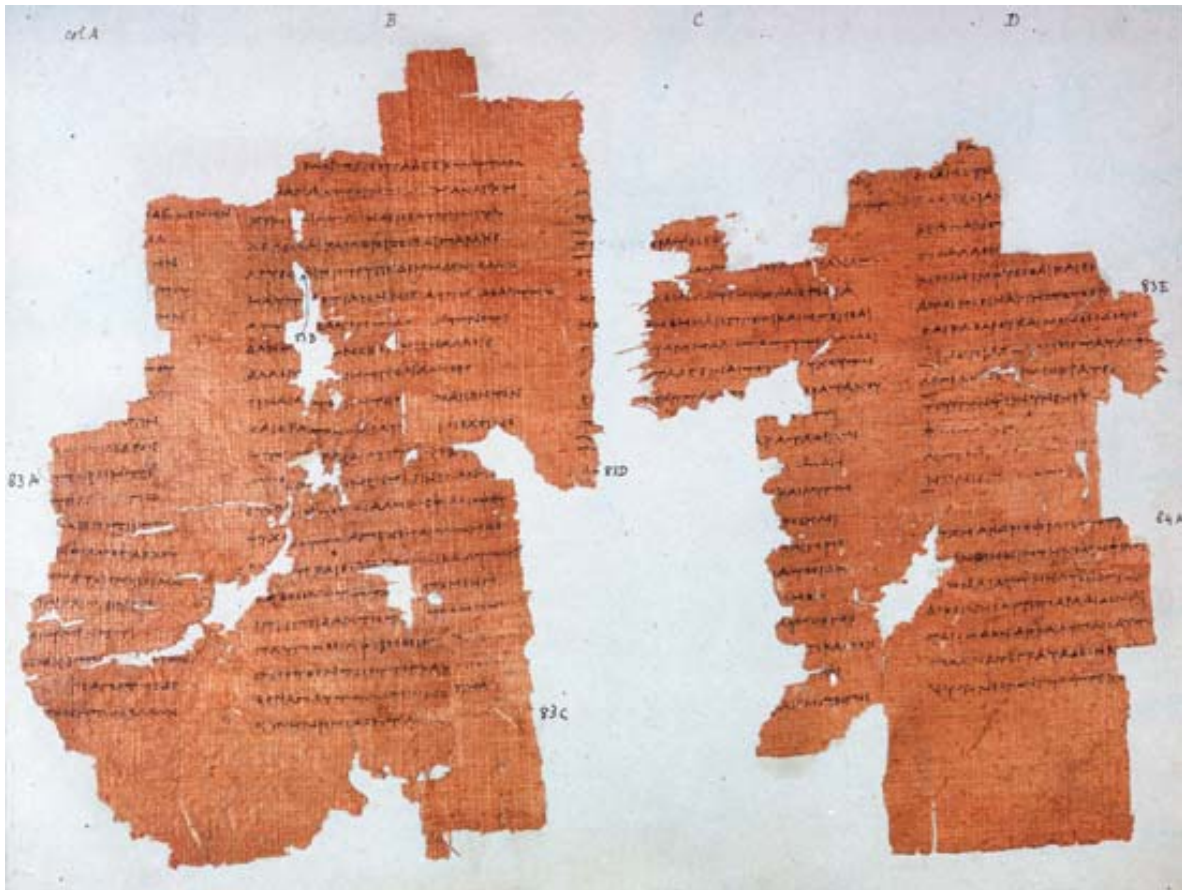
“Esta situación persiste durante el 90% de los días entre el 15 de junio y el 15 de agosto (Medina 1974: 137), lo que significa que las condiciones para navegar son inmejorables: vientos benévolos, fácilmente predecibles y constantes durante prácticamente todo el verano. Fuera del alcance de la brisa, quien establece el régimen general de vientos es el anticiclón de las Azores, que crea una corriente semicircular de aire que entra por el valle del Ródano y se vuelve de componente E o SE al sur de las Baleares, creando una franja de viento estable de levante entre las penínsulas itálica e ibérica que aparece en algunas fuentes romanas- Esta corriente es la que impone las normas en la navegación de altura; es la que permite descender desde el golfo de León hacia las Baleares y la que permite los viajes desde el Mediterráneo oriental.”

“El verano se interrumpe con un periodo de tormentas a mediados de agosto, bastante difíciles de predecir y, tras quince días de inestabilidad, vuelve el buen tiempo (y la brisa marina). La temporada de navegación se acaba oficialmente con las tormentas de Octubre, que suelen ser de las más violentas del año y dejan mal tiempo para varias semanas. Puede decirse, por lo tanto, que la época de *Mare apertum* engloba el riguroso verano, de junio a agosto, y dos veranos , más perturbados (y peligrosos), entre mayo y mediados de junio y, luego, de mediados de agosto a octubre..”

*Sergio Moreno Torres*

## LAS FUENTES LITERARIAS

### PLATÓN: CARTA VII, SELECCIÓN:



“Cuando llegué por primera vez a Siracusa, tenía cerca de cuarenta años; Dión tenía la edad que ahora tiene Hiparino, y las convicciones que tenía entonces no dejó de mantenerlas durante toda su vida: creía que los siracusanos debían ser libres y debían regirse por las leyes mejores...

Antaño, cuando yo era joven, sentí lo mismo que les pasa a otros muchos. Tenía la idea de dedicarme a la política tan pronto como fuera dueño de mis actos, y las circunstancias en que se me presentaba la situación de mi país eran las siguientes: al ser acosado por muchos lados el régimen político entonces existente, se produjo una revolución; al frente de este cambio político se establecieron como jefes cincuenta y un hombres: once en la ciudad y diez en el Pireo (unos y otros encargados de la administración pública en el ágora y en los asuntos municipales), mientras que treinta se constituyeron con plenos poderes como autoridad suprema. Ocurría que algunos de ellos eran parientes y conocidos míos y, en consecuencia, me invitaron al punto a

colaborar en trabajos que, según ellos, me interesaban. Lo que me ocurrió no es de extrañar, dada mi juventud: yo creí que iban a gobernar la ciudad sacándola de un régimen injusto para llevarla a un sistema justo, de modo que puse una enorme atención en ver lo que podía conseguir. En realidad, lo que vi es que en poco tiempo hicieron parecer de oro al antiguo régimen; entre otras cosas, enviaron a mi querido y viejo amigo Sócrates, de quien no tendría ningún reparo en afirmar que fue el hombre más justo de su época, para que, acompañado de otras personas, detuviera a un ciudadano y lo condujera violentamente a su ejecución, con el fin evidente de hacerle cómplice de sus actividades criminales tanto si quería como si no. Pero Sócrates no obedeció y se arriesgó a toda clase de peligros antes que colaborar en sus iniquidades. Viendo, pues, como decía, todas estas cosas y aun otras de la misma gravedad, me indigné y me abstuve de las vergüenzas de aquella época. Poco tiempo después cayó el régimen de los Treinta con todo su sistema político. Y otra vez, aunque con más tranquilidad, me arrastró el deseo de dedicarme a la actividad política. Desde luego, también en aquella situación, por tratarse de una época turbulenta, ocurrían muchas cosas indignantes, y no es nada extraño que, en medio de una revolución, algunas personas se tomaran venganzas excesivas de sus enemigos. Sin embargo, los que entonces se repatriaron se comportaron con una gran moderación. Pero la casualidad quiso que algunos de los que ocupaban el poder hicieran comparecer ante el tribunal a nuestro amigo Sócrates, ya citado, y presentaran contra él la acusación más inicua y más inmerecida: en efecto, unos hicieron comparecer, acusado de impiedad, y otros condenaron y dieron muerte al hombre que un día se negó a colaborar en la detención ilegal de un amigo de los entonces desterrados, cuando ellos mismos sufrían la desgracia del exilio. Al observar yo estas cosas y ver a los hombres que llevaban la política, así como las leyes y las costumbres, cuanto más atentamente lo estudiaba y más iba avanzando en edad, tanto más difícil me parecía administrar bien los asuntos públicos. Por una parte, no me parecía que pudiera hacerlo sin la ayuda de amigos y colaboradores de confianza, y no era fácil encontrar a quienes lo fueran, ya que la ciudad ya no se regía según las costumbres y usos de nuestros antepasados, y era imposible adquirir otros nuevos con alguna facilidad. Sin embargo, no dejaba de reflexionar sobre la posibilidad de mejorar la situación y, en consecuencia, todo el sistema político, pero sí dejé de esperar continuamente las ocasiones para actuar, y al final llegué a comprender que todos los Estados actuales están mal gobernados; pues su legislación casi no tiene remedio sin una reforma extraordinaria unida a felices circunstancias. Entonces me sentí obligado a reconocer, en alabanza de la filosofía verdadera, que sólo a partir de ella es posible distinguir lo que es (justo)...o, tanto en el terreno de la vida pública como en la privada. Por ello, no cesarán los males del género humano hasta que ocupen el poder los filósofos puros y auténticos o bien los que ejercen el poder en las ciudades lleguen a ser filósofos verdaderos, gracias a un especial favor divino.

Ésta es la manera de ver las cosas que yo tenía cuando llegué por primera vez a Italia y a Sicilia. En aquella ocasión no me gustó en absoluto la clase de vida allí considerada feliz, atiborrada de banquetes a la manera italiana y siracusana; hinchándose de comer dos veces al día, no dormir nunca solo por la noche, y todo lo que acompaña a este género de vida. Pues con tales costumbres no hay hombre bajo el cielo que, viviendo esta clase de vida desde su niñez, pueda llegar a ser sensato (nadie podría tener una naturaleza tan maravillosamente equilibrada): ni siquiera podría ser prudente, y, desde

luego, lo mismo podría decirse de las otras virtudes. Y ninguna ciudad podría mantenerse tranquila bajo las leyes, cualesquiera que sean, con hombres convencidos de que deben dilapidar todos sus bienes en excesos y que crean que deben permanecer totalmente inactivos en todo lo que no sean banquetes, bebidas o esfuerzos en busca de placeres amorosos. Forzosamente, tales ciudades nunca dejarán de cambiar de régimen entre tiranías, oligarquías y democracias, y los que mandan en ellas ni soportarán siquiera oír el nombre de un régimen político justo e igualitario.

Durante mi viaje a Siracusa, yo me hacía estas consideraciones, añadidas a las anteriores, tal vez guiado por el destino. Parece, en efecto, que algún dios preparaba entonces el principio de los sucesos que ahora han ocurrido, referentes a Dión y a Siracusa y todavía pueden temerse males mayores en el caso de que no atendáis mis instrucciones al actuar como consejero por segunda vez.



Syrakousai

Pues bien, ¿cómo puedo decir que mi llegada a Sicilia fue el principio de todo lo que ocurrió? Al entablar entonces yo relaciones con Dión, que era un joven, y explicarle en mis conversaciones lo que me parecía mejor para los hombres, aconsejándole que lo pusiera en práctica, es posible que no me diera cuenta de que de alguna manera estaba preparando inconscientemente la futura caída de la tiranía. Porque Dión, que tenía una gran facilidad para aprender en general, y la tuvo especialmente para las enseñanzas que entonces recibí de mí, las asimiló con tanto interés y entusiasmo como ninguno de los jóvenes con los que tuve relación y decidió llevar en adelante un género de vida distinto al de la mayoría de los itálicos y sicilianos, dando mayor importancia a la virtud que al

placer y a cualquier otro tipo de sensualidad; por ello su vida se hizo odiosa, especialmente para los que viven según las normas del régimen tiránico, hasta que se produjo la muerte de Dionisio I. Después de este suceso, se propuso no guardar sólo para él esta manera de pensar que había adquirido gracias a rectas enseñanzas, y al ver que estos ideales también estaban arraigados en otras personas, no en muchas, desde luego, pero sí en algunas, pensó que uno de ellos podría ser Dionisio II con la colaboración de los dioses, y consideró que, si ello ocurría, tanto su vida como la del resto de los siracusanos llegaría a ser el colmo de la felicidad. Además de esto, pensó que yo debía acudir a Siracusa a la mayor brevedad por todos los medios posibles, como colaborador de estos planes, recordando con qué facilidad nuestras relaciones le habían llevado al deseo de una vida más hermosa y más feliz. Y si esto mismo, tal como lo intentaba, llegaba a conseguirse en Dionisio II, tenía grandes esperanzas de que, sin matanzas ni crímenes ni las desgracias que se han producido actualmente, llegaría a establecer en todo el país una vida verdaderamente dichosa.

Con estas acertadas convicciones, Dión logró persuadir a Dionisio de que me mandara llamar, y él personalmente me mandó un mensaje pidiéndome que acudiera a la mayor brevedad, por cualquier procedimiento, antes de que otras personas que rodeaban a Dionisio influyeran sobre él para apartarle hacia otro género de vida que no fuera perfecto. Y me lo pedía con estas palabras, aunque tenga que extenderme demasiado: «¿Qué ocasión mejor podemos esperar que esta que ahora se presenta por una especial gracia divina?» Me describía el imperio de Italia y de Sicilia y su especial influencia en él, hablaba de la juventud de Dionisio y de su especial interés por la filosofía y por la educación, me decía asimismo que sus sobrinos y parientes se mostraban muy inclinados hacia las doctrinas y sistema de vida que yo predicaba, y que eran los más adecuados para atraer a Dionisio, de modo que más que nunca podría realizarse la esperanza completa de que llegaran a coincidir en las mismas personas los filósofos y los conductores de grandes ciudades. Éstas eran las exhortaciones que me dirigían y otras muchas parecidas, pero el miedo se apoderaba de mis pensamientos respecto a los jóvenes sobre lo que podría ocurrir algún día, pues sus ambiciones son volubles y cambian con frecuencia en sentido contrario. En cambio, sabía que Dión tenía un carácter naturalmente serio y que era de una edad ya madura. Por ello, al reflexionar lleno de dudas sobre si debía ir o qué debía hacer, lo que hizo inclinar la balanza fue la idea de que, si alguna vez había que intentar llevar a cabo las ideas pensadas acerca de las leyes y la política, éste era el momento de intentarlo, pues si podía convencer suficientemente a un solo hombre, habría conseguido la realización de toda clase de bienes. Con esta disposición de ánimo me aventuré a salir de mi patria, no por los motivos que algunos imaginaban, sino porque estaba muy avergonzado ante mis propios ojos de que pudiera parecer sin más únicamente como un charlatán de feria a quien no le gustaba atenerse a la realidad de las cosas....

Con mi viaje me liberé de responsabilidad ante Zeus hospitalario y desempeñé irreprochablemente mi papel de filósofo, que habría sido censurable si yo hubiera incurrido en una falta vergonzosa por ceder a las comodidades y a la cobardía.

Al llegar, pues no hay que extenderse demasiado, me encontré con una situación



llena de intrigas en torno a Dionisio y de calumnias contra Dión ante el tirano. Le defendí en la medida de mis fuerzas, pero mi influencia era pequeña, y a los tres meses aproximadamente, acusó Dionisio a Dión de conspirar contra la tiranía, le hizo embarcar a bordo de un barquichuelo y lo desterró ignominiosamente. Consecuentemente, todos los amigos de Dión estábamos temerosos de que acusara y castigara a cualquiera como cómplice de su conspiración. Concretamente en mi caso, incluso corrió el rumor en Siracusa de que había muerto por orden de Dionisio, como responsable de todo lo que había ocurrido entonces. Pero él, dándose cuenta de la situación de alarma en que nos encontrábamos y temiendo que nuestros temores se tradujeran en hechos más graves, intentaba captarnos con amabilidad, y, desde luego, a mí en particular me animaba, me invitaba a tener confianza y me pedía insistentemente que me quedara. En efecto, ocurría que, si yo lo abandonaba, no le hacía ningún favor, pero sí el quedarme, y precisamente por eso fingía pedírmelo con todo interés. Pero ya sabemos que los ruegos de los tiranos están mezclados con imposiciones: Dionisio tomó sus medidas para evitar que me marchara, me hizo conducir a la acrópolis y alojarme allí, de donde ningún capitán de barco habría podido sacarme, no ya contra su voluntad, sino a menos que él lo ordenara personalmente enviando a alguien con mi permiso de salida. Tampoco había un solo mercader ni funcionario encargado de la vigilancia de fronteras que me hubiera sorprendido abandonando solo el país sin detenerme al momento y conducirme de nuevo a la presencia de Dionisio, sobre todo cuando ya se había difundido el rumor, completamente contrario al anterior, en el sentido de que Dionisio tenía una extraordinaria estima hacia Platón. ¿Qué había de cierto en ello? Hay que decir la verdad. Con el tiempo, él me iba estimando cada vez más, a medida que se iba familiarizando con mi manera de ser y mi carácter, pero pretendía que yo lo elogiara más que a Dión y que lo considerara mucho más amigo que a éste, y porfiaba enormemente para conseguirlo. En cambio, recelaba en utilizar el procedimiento mejor para ello, si es que había de llegar del mejor modo posible, es decir, convivir conmigo como discípulo y oyente de mis razonamientos filosóficos, pues temía, según los argumentos de los calumniadores, verse cogido en una trampa y que todo fuera obra de Dión. Por mi parte, yo lo aguantaba todo, fiel a los planes que en un primer momento me habían hecho acudir allí, pendiente de que sintiera el deseo de vivir de acuerdo con la filosofía; pero prevaleció su resistencia.



Éstas fueron las vicisitudes entre las que transcurrió la primera época de mi viaje a Sicilia y mi estancia en ella. Después de esto yo salí de la isla, pero tuve que volver de nuevo ante las llamadas con la mayor insistencia, de Dionisio. Hasta qué punto fueron razonables y justos los motivos por los que obré así y las actividades que realicé, os lo explicaré posteriormente para responder a los que me preguntan qué me proponía cuando volví por segunda vez, pero antes voy a aconsejaros sobre lo que debéis hacer a partir de los recientes acontecimientos para evitar que lo accesorio de mi relato se convierta en el punto principal. Esto es lo que tengo que decir: el consejero de un hombre enfermo, lo primero que tiene que hacer, si el enfermo sigue un régimen perjudicial para su salud, es hacerle cambiar su género de vida; si el enfermo está dispuesto a obedecerle, debe darle nuevas prescripciones, y, si se niega, yo consideraría hombre de bien y un buen médico a quien no se prestase a nuevas consultas, mientras que si persistiese, por el contrario, lo consideraría tan carente de hombría como de ciencia. Lo mismo ocurre con la ciudad, tanto si tiene uno como si tiene muchos jefes. Si caminando normalmente, por el camino recto de gobierno, solicita un consejo sobre un punto útil, es propio de un hombre sensato dar consejo, pero si, por el contrario, caminan enteramente fuera de un correcto gobierno y no están dispuestos en absoluto a seguir sus huellas y previenen a su consejero que deje la constitución tranquila y que no toque nada, bajo peligro de muerte si lo toca, y le ordena que aconseje sirviendo a sus propias voluntades y caprichos, indicándoles por qué medio todo sería más fácil y más cómodo y más expeditivo para siempre, yo al hombre que soportara tales consultas lo tendría por un cobarde, y por hombre cabal al que no las tolerara. Teniendo yo esta manera de pensar, cuando se me solicita consejo sobre un punto importante referente a la propia vida, como, por ejemplo, la adquisición de bienes o el cuidado de su cuerpo o su espíritu, si yo creo que su conducta habitual se ajusta a ciertas exigencias, o si pienso que al aconsejarle yo estará dispuesto a someterse en las materias que me consulta, le aconsejo de todo corazón y no me limito a librarme de él descargando mi conciencia. Pero si no se me pide consejo en absoluto o salta a la vista que al aconsejar no me va a obedecer, yo no me dirijo a esa persona por propia iniciativa para darle consejos y, desde luego, no voy a coaccionarla, ni aunque se tratara de mi hijo. A mi esclavo sí le

daría consejos, y si se resistiera, se los impondría. Pero a un padre o a una madre no me parece lícito coaccionarles, no siendo que estén afectados por una enfermedad mental, y si ocurre que llevan un género de vida que les gusta a ellos y no a mí, no me parece conveniente irritarlos inútilmente con reproches ni tampoco adularlos con mis elogios para darles gusto, procurando facilitarles sus deseos que yo por mi parte no querría vivir tratando de alcanzarlos. Precisamente con este criterio respecto a su propia ciudad debe vivir el hombre sensato; si creyera que su ciudad no está bien gobernada, debe decirlo, siempre que no vaya a hablar con ligereza o sin ponerse en peligro de muerte, pero no debe emplear la violencia contra su patria para cambiar el régimen político cuando no se pueda conseguir el mejor sino a costa de destierros y de muertes; debe mantenerse tranquilo y rezar a los dioses por su propio bien y el del país.



Es, pues, de esta manera como yo podría daros consejos, y es así como se los di a Dionisio de acuerdo con Dión: le recomendé ante todo que viviera cotidianamente de modo que llegara a ser cada vez más dueño de sí mismo y consiguiera amigos y camaradas fieles, para que no le ocurriera como a su padre, quien, después de adquirir muchas grandes ciudades de Sicilia que habían sido devastadas por los bárbaros, no fue capaz después de reorganizarlas, de establecer en ellas gobiernos de confianza formados con partidarios suyos, elegidos entre extranjeros de cualquier procedencia o entre sus hermanos, a quienes había criado él mismo porque eran más pequeños y a los que de simples particulares había convertido en jefes y de pobres en hombres inmensamente ricos. A ninguno de ellos consiguió convertirle en colaborador de su gobierno, a pesar de sus esfuerzos mediante la persuasión, la información, los favores y los afectos familiares. En este aspecto se mostró siete veces inferior a Darío, quien no se confió a hermanos ni a personas criadas por él, sino únicamente a aliados de su victoria sobre el eunuco medo, dividió su reino en siete partes, cada una de ellas mayor que toda Sicilia, y encontró en ellos colaboradores fieles que ni le atacaron a él ni se atacaron entre sí. Dio con ello ejemplo de lo que debe ser un buen legislador y un buen rey, ya que, gracias a las leyes que promulgó, conservó hasta nuestros días el imperio persa. Está también el caso de los atenienses; ellos no colonizaron por sí mismos muchas de las ciudades griegas invadidas por los bárbaros, sino que las ocuparon cuando todavía

estaban pobladas, a pesar de lo cual conservaron el dominio durante setenta años, ya que habían conseguido hacerse partidarios en todas ellas. En cambio, Dionisio I, que había concentrado toda Sicilia en una sola ciudad y que por su engreimiento no se fiaba de nadie, a duras penas pudo mantenerse, porque era pobre de amigos y de personas de confianza, y no hay muestra más evidente de la virtud o maldad de un hombre que la abundancia o escasez de tales personas. Éstos eran precisamente los consejos que le dábamos a Dionisio Dión y yo, ya que por culpa de su padre le faltaba la sociabilidad que proporciona la educación y la que emana de unas relaciones adecuadas; nosotros le animábamos a que se interesara por hacerse otros amigos entre sus parientes y camaradas de su misma edad que estuvieran de acuerdo entre sí para la adquisición de la virtud, pero ante todo para que se pusiera de acuerdo consigo mismo, ya que tenía una enorme necesidad de ello. No se lo decíamos así de claro (esto habría sido peligroso), sino con palabras encubiertas, manteniendo firmemente que es así como un hombre puede guardarse a sí mismo y a las personas a las que gobierna, mientras que el obrar de otra manera consigue resultados totalmente opuestos; que siguiendo el camino que nosotros le indicábamos y comportándose como un hombre reflexivo y sensato, si reconstruía las ciudades devastadas de Sicilia y las asociaba entre ellas por medio de leyes y constituciones, de modo que se estrechara su unión entre sí y con el propio Dionisio para defenderse contra los bárbaros, podría no ya duplicar el imperio de su padre, sino que en realidad lo multiplicaría. En efecto, si tal cosa ocurría, estaría mucho más en condiciones de someter a los cartagineses de lo que se había hecho en tiempo de Gelón, mientras que ahora su padre, por el contrario, se había visto obligado a pagar un tributo a los bárbaros. Éstas eran las palabras y los consejos que nosotros le dábamos a Dionisio cuando conspirábamos según los rumores que circulaban por muchas partes y que, al encontrar acogida en Dionisio, provocaron el destierro de Dión y a nosotros nos pusieron en estado de temor. Pero, para poner fin al relato de numerosos acontecimientos que ocurrieron en poco tiempo, Dión volvió del Peloponeso y de Atenas y dio a Dionisio una lección con los hechos. Pues bien, después de liberar su ciudad y devolvérsela dos veces a los siracusanos, éstos tuvieron la misma reacción que había tenido Dionisio cuando Dión intentaba educarle y hacer de él un rey digno del mando, esforzándose para colaborar con él en una completa familiaridad de vida: Dionisio prefirió hacer caso de los calumniadores que acusaban a Dión de atentar contra la tiranía en todas sus actividades de aquella época, con la pretensión de que Dionisio, dejando seducir su atención por la cultura, se desentendiera del gobierno y lo dejara en sus manos, para usurparlo él con engaño y expulsar del poder a Dionisio.

Estas calumnias prevalecieron entonces y lo mismo ocurrió por segunda vez cuando se difundieron en Siracusa: victoria, por lo demás, absurda y denigrante para sus autores. De lo que ocurrió entonces deben enterarse los que reclaman mi ayuda en la situación actual. Yo, un ateniense amigo de Dión y aliado suyo, me presenté ante el tirano para convertir la discordia en amistad, pero sucumbí en mi lucha contra los calumniadores. Y cuando Dionisio trató de convencerme con honores y riquezas para ponerme de su parte y convertirme en testigo y amigo suyo para contribuir a darle buena apariencia al destierro de Dión, todos sus esfuerzos fracasaron. Más tarde, al regresar Dión a su patria, llevó consigo desde Atenas a dos hermanos, cuya amistad con él no procedía de la filosofía, sino del compañerismo habitual propio de la mayoría de los amigos que surge de los vínculos de hospitalidad o de las relaciones entre iniciados en los diversos

grados de los misterios. Éstos fueron, efectivamente, los dos amigos que le acompañaron en el regreso, que llegaron a ser camaradas suyos por los motivos ya citados y por la ayuda que le prestaron para el viaje de vuelta. Y cuando llegaron a Sicilia y se dieron cuenta de que los mismos sicilianos a los que había liberado le acusaban calumniosamente de conspirar para convertirse en tirano, no sólo traicionaron a su amigo y huésped, sino que, por así decirlo se convirtieron en autores materiales de su asesinato, asistiendo y ayudando personalmente a los asesinos con las armas en la mano. No quiero omitir esta acción vergonzosa y sacrílega, ni tampoco voy a volver sobre ella, pues ya son muchos los que se han preocupado de repetirla y se encargarán de hacerlo también en el futuro, pero rechazo terminantemente lo que se dice de los atenienses, que estos dos individuos mancharon de infamia la ciudad; afirmo, en efecto, que también fue ateniense el que nunca traicionó a Dión, aunque hubiera podido hacerlo a cambio de recibir riquezas y toda clase de honores. Y es que no les unía una amistad vulgar, sino una común educación liberal, que es en lo único en que debe confiar un hombre sensato, más que en cualquier afinidad espiritual o física. De modo que no es justo que los dos asesinos de Dión se conviertan en oprobio para la ciudad, como si alguna vez hubieran sido hombres dignos de tenerse en cuenta.

He dicho todo esto para que sirva de advertencia a los amigos y parientes de Dión. Sobre lo ya dicho, renuevo por tercera vez el mismo consejo con las mismas palabras a vosotros, que sois los terceros en recibirlo: no sometáis Sicilia ni ninguna otra ciudad a dueños absolutos —al menos ésa es mi opinión—, sino a las leyes, ya que ello no es bueno ni para los que someten ni para los sometidos, ni para ellos ni para sus hijos, ni para los descendientes de sus hijos. Es incluso una empresa absolutamente nefasta, y sólo a los espíritus mezquinos y serviles les gusta rapiñar en semejantes ganancias, gentes ignorantes por completo de lo bueno y de lo justo entre los hombres y los dioses, tanto en lo que se refiere al porvenir como al presente. Es de esto de lo que primero intenté convencer a Dión, en segundo lugar a Dionisio, y ahora, en tercer lugar, a vosotros. Escuchadme pues, por amor a Zeus, tercer salvador, poniendo también la mirada en Dionisio y Dión, el primero de los cuales no me escuchó y vive ahora indignamente, y el segundo me hizo caso y y ha muerto con honra, pues a quien aspira el soberano bien para sí y para la ciudad cualquier cosa que le ocurra es justo y bueno. Ninguno de nosotros ha nacido inmortal, y si alguien llegara a serlo, no por ello sería feliz, como piensa mucha gente, pues no hay mal ni bien digno de tal nombre para lo que no tiene alma, sino que sólo puede darse en el alma, unida al cuerpo o separada. Hay que creer verdaderamente y siempre en las antiguas y sagradas tradiciones que nos revelan que el alma es inmortal, y que estará sometida a jueces y sufrirá terribles castigos cuando se separe del cuerpo. Precisamente por ello debemos considerar como un mal menor el ser víctimas de grandes crímenes o injusticias que el cometerlos. El hombre ansioso de riquezas y pobre de espíritu no escucha estos razonamientos, y si los oye, piensa que debe burlarse de ellos y se lanza sin pudor por todas partes, como un animal salvaje, sobre todo lo que sea capaz de comer o de beber, o sobre lo que pueda proporcionarle hasta la saciedad ese placer rastrero y burdo mal llamado amor. Está ciego y no ve el mal tan grande unido a cada uno de sus delitos, la impiedad que acompaña a sus latrocinios, impiedad que necesariamente debe arrastrar al delincuente mientras ande dando vueltas por la tierra y cuando regrese a las moradas subterráneas,

en un viaje vergonzoso y miserable totalmente y en todas partes. Con estos razonamientos y otros parecidos, yo trataba de convencer a Dión, y con toda justicia podría indignarme contra los que lo mataron casi tanto como contra Dionisio pues entre todos me causaron a mí el daño más grave, y podría decirse que a toda la humanidad: los primeros, por haber dado muerte a un hombre que quería emplear la justicia; el segundo, por no querer utilizarla durante todo su reinado. Tenía el poder absoluto, y si hubiera reunido realmente en una misma persona la filosofía y el poder, habría hecho brillar entre todos los griegos y bárbaros y habría implantado suficientemente entre otros la recta opinión de que no hay ciudad ni individuo que puedan ser felices sin llevar una vida de sabiduría bajo las normas de la justicia, ya porque posean estas virtudes por sí mismos, ya porque hayan sido criados y educados debidamente en las costumbres de piadosos maestros. Éste es el daño que causó Dionisio. Todos los demás cuentan poco para mí al lado de éste. Y en cuanto al asesino de Dión, sin darse cuenta ha hecho exactamente lo mismo que Dionisio. Porque yo tengo la completa certeza, hasta donde un hombre puede responder de otro, de que Dión, si hubiera alcanzado el poder, no lo habría orientado a otras normas de gobierno que las siguientes: en primer lugar, habría liberado de la esclavitud a Siracusa, su patria, la habría revestido radiantemente de mujer libre; a continuación, habría puesto todos los medios posibles para dotar a los ciudadanos de las leyes mejores y más adecuadas, y luego se habría interesado en la tarea de repoblar Sicilia entera y liberarla de los bárbaros, expulsando a unos y sometiendo a otros con más facilidad que Hierón. Y una vez que esto se hubiera convertido en realidad gracias a un hombre justo y valeroso, al mismo tiempo que sensato y filósofo, habría nacido en la generalidad de las gentes la misma opinión sobre la virtud que, si me hubiera hecho caso Dionisio, se habría extendido entre todos, por así decirlo, y los habría salvado. Pero, en realidad, algún demonio, algún espíritu maligno irrumpió con el desprecio a la ley, con el ateísmo y, lo que es peor, con la audacia que nace de la ignorancia en la que echan raíces todos los males, y crecen y a continuación producen un fruto amarguísimo a quienes los engendraron; esta ignorancia fue la que por segunda vez lo arruinó y lo destruyó todo.

Pero ahora debemos pronunciar palabras de buen agüero, para evitar esta tercera vez los presagios. No por ello voy a dejar de aconsejaros a vosotros, sus amigos, que imitéis a Dión, tanto en su amor a la patria como la sensatez de su vida, y que procuréis cumplir sus deseos con mejores auspicios; cuáles eran dichos deseos me lo habéis oído decir con toda claridad. Y si alguno no es capaz de vivir a la manera dórica de acuerdo con las costumbres tradicionales, sino que aspira a seguir el género de vida de los asesinos de Dión y las costumbres sicilianas, no pidáis su colaboración ni penséis que puede actuar alguna vez con lealtad y honradez. Invitad, en cambio, a los demás a colaborar en la colonización de toda Sicilia y en el establecimiento de una legislación igual y común para todos, tanto si proceden de la misma Sicilia como si vienen de cualquier región del Peloponeso. Y no temáis tampoco a Atenas, pues también allí hay personas que destacan sobre todos en virtud y aborrecen a los osados asesinos de sus huéspedes. Y si esta situación se retrasara, mientras de hecho os están apremiando las continuas sediciones y discordias de todas clases que surgen a diario, toda persona dotada del más pequeño sentido de la rectitud por algún designio divino tiene que darse cuenta de que los males de las guerras civiles no terminarán hasta que los vencedores dejen de vengarse con batallas, exilios y matanzas y de lanzarse al castigo de sus enemigos; hasta

que se controlen a sí mismos y establezcan leyes imparciales, tan favorables para ellos como para los vencidos y les obliguen a cumplir dichas leyes mediante dos sistemas de coacción: el respeto y el temor. El temor, demostrando la superioridad de su fuerza material; el respeto, presentándose como personas que dominan sus pasiones y prefieren estar al servicio de las leyes y pueden hacerlo. De otra forma no es posible que algún día cesen los males de una ciudad en la que reina la guerra civil, sino que las discordias, odios, enemistades y traiciones suelen darse continuamente en el interior de las ciudades que se encuentran en tal situación. Por ello, los vencedores en cada caso, si realmente desean la salvación del Estado, ¿deben elegir entre ellos mismos a los griegos de los que tengan mejores informes, ante todo hombres de edad madura, que tengan en su casa mujeres e hijos y cuyos ascendientes conocidos sean lo más numerosos posible y con buena reputación, y que todos tengan fortuna suficiente. (Si la ciudad tiene diez mil habitantes, será suficiente con cincuenta hombres que reúnan estas condiciones). A estas personas hay que atraerlas a base de ruegos y promesas de los máximos honores para que salgan de sus casas, y luego hay que suplicarles y ordenarles, previa prestación de juramento, que promulguen leyes que no den más ventajas ni a vencedores ni a vencidos, sino que establezcan la igualdad de derechos para toda la ciudad.

Todo depende, efectivamente, de esto, del establecimiento de las leyes. Porque si lo vencedores se muestran más sometidos a las leyes que los vencidos, todo será bienestar y felicidad y la ciudad quedará liberada de males; en caso contrario, no pidáis mi colaboración ni la de nadie para colaborar con los que no atienden los presentes consejos. Todo esto, en efecto, guarda una estrecha afinidad con lo que Dión y yo intentamos, empujados por nuestro afecto hacia Siracusa, llevar a cabo en la segunda tentativa a cabo ahora más felizmente, con buena suerte y la ayuda divina. Éstos son, pues, mis consejos y recomendaciones, así como el relato de mi primer viaje a la corte de Dionisio. En cuanto a mi segunda marcha y mi segunda travesía, las personas a las que esto interese podrán enterarse de hasta qué punto fue lógico y conveniente. El primer período de mi estancia en Sicilia se desarrolló, tal como ya expliqué, antes de exponer mis consejos a los parientes y amigos de Dión. A continuación, yo intenté convencer a Dionisio como pude para que me dejara marchar, y ambos nos pusimos de acuerdo para cuando se restableciera la paz, pues entonces había guerra en Sicilia. Dionisio aseguró que nos mandaría llamar, a Dión y a mí, una vez que hubiera reforzado su gobierno de modo más seguro para él, y el pidió a Dión que no considerara como un destierro lo que le había ocurrido en aquella ocasión, sino como un cambio de residencia. Por mi parte, convine en regresar en estas condiciones. Cuando se restableció la paz, me mandó llamar a mí, pero le dijo a Dión que esperara un año más, mientras que a mí me pidió que acudiera a toda costa. Dión, por su parte, me empujaba y me pedía que zarpara; corrían, en efecto, insistentes rumores procedentes de Sicilia dando a entender que Dionisio había sentido de nuevo entonces un extraordinario entusiasmo por la filosofía, motivo por el cual me rogaba Dión insistentemente que no desatendiera la llamada. Por mi parte, yo sabía que con frecuencia los jóvenes pasan por situaciones parecidas respecto a la filosofía, a pesar de lo cual pensé que era más seguro dejar de lado de momento a Dión y a Dionisio, y ambos se ofendieron conmigo cuando les respondí que ya me encontraba viejo y que nada de lo que se había hecho coincidía con nuestros acuerdos. Al parecer, fue a continuación de esto cuando Arquitas llegó

ante Dionisio (ya que, antes de marcharme, yo había establecido relaciones de amistad y hospitalidad entre Arquitas, los tarentinos y Dionisio); había también en Siracusa otras personas que habían recibido algunas enseñanzas de Dión y otros que las habían recibido de éstos, todos ellos atiborrados de ideas filosóficas mal entendidas. Yo pienso que estos intentaron discutir estas ideas con Dionisio convencidos de que éste había aprendido de mí todas mis ideas filosóficas. Pero él, a quien la naturaleza no había negado por completo la facultad de aprender, era muy vanidoso. Por ello seguramente le gustaban tales rumores y le daba vergüenza poner en evidencia que no había aprendido nada durante mi estancia allí. De ahí le entró el deseo de un aprendizaje más completo, al mismo tiempo que le impulsaba a ello la vanidad. Las razones por las que no había seguido mis lecciones durante mi primera visita las detallé en el relato que hice anteriormente. Pues bien, después de regresar felizmente a mi patria y negarme a responder a su segunda llamada, como acabo de referir, me parece que Dionisio se sintió muy resentido en su amor propio, temiendo que algunos pudieran pensar que yo le despreciaba después de haber tenido ocasión de experimentar su manera de ser, su carácter y su género de vida, y que, disgustado por ello, no quería volver a su lado. Ahora bien, es justo que yo diga la verdad y que acepte que alguien, después de conocerse los hechos, desprecie mi filosofía y estime la sensatez del tirano. En efecto, Dionisio me invitó por tercera vez y me envió una trirreme para facilitarme el viaje; envió también a Arquedemo, el hombre de quien él pensaba que yo hacía más caso de toda Sicilia, uno de los discípulos de Arquitas, y a otros sicilianos conocidos míos.

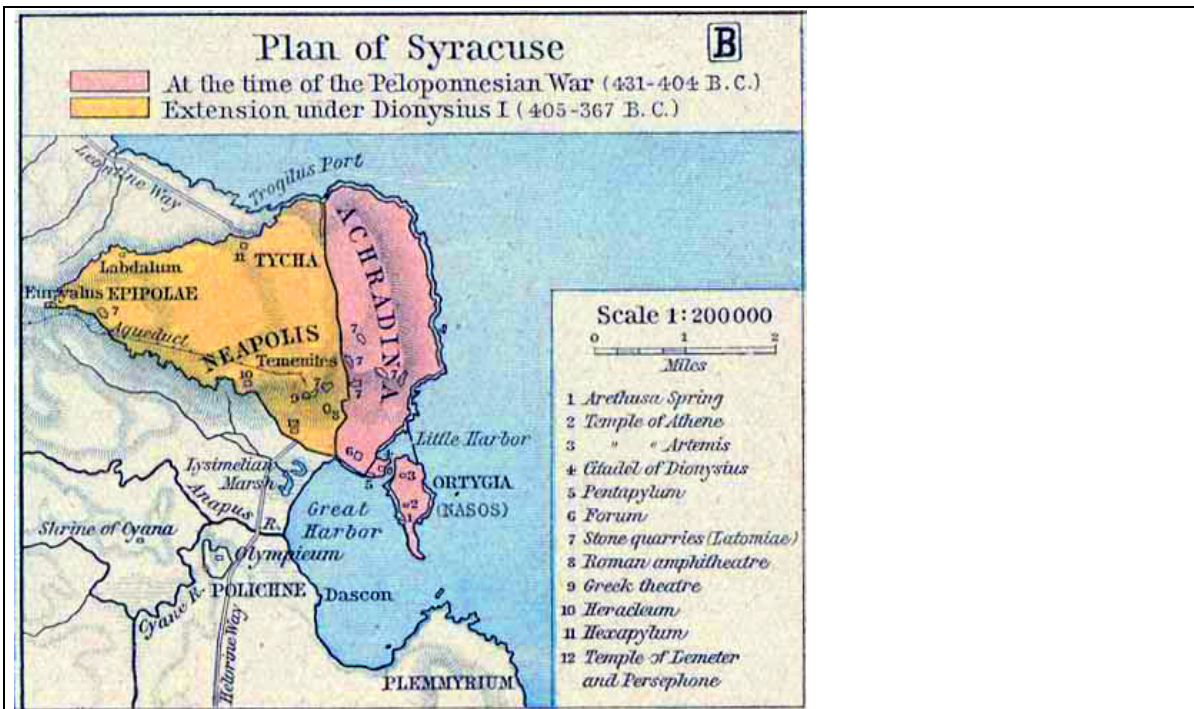
Todos ellos me traían la misma noticia, que Dionisio había progresado extraordinariamente en filosofía. Me escribió también una carta muy larga, conociendo bien mi posición respecto a Dión y el interés de éste en que yo embarcara y me dirigiera a Siracusa. La carta había sido redactada teniendo en cuenta todos estos datos; tenía este comienzo y decía más o menos lo siguiente: «Dionisio a Platón»; luego venían las fórmulas habituales de cumplido y añadía sin más preámbulo: «En el caso de que te dejes convencer por mí y vengas ahora a Sicilia, en primer lugar los asuntos de Dión se resolverán de la forma que tú desees; estoy seguro de que tus deseos serán razonables y yo estaré de acuerdo con ellos. Pero de no ser así, ninguna de las cosas referentes a Dión, a sus asuntos en general o a su propia persona, se resolverá a tu gusto». Con estos términos se expresaba; sería largo e inoportuno citar el resto. También me llegaron otras cartas de Arquitas y de los tarentinos, haciendo grandes elogios de la filosofía de Dionisio y añadiendo que, si yo no acudía entonces, echaría a perder por completo la amistad que gracias a mí se había establecido entre ellos y Dionisio y que era de gran importancia para el desarrollo político. Tales eran, en efecto, los términos de la invitación que se me hizo en aquella ocasión: los amigos de Sicilia y de Italia trataban de arrastrarme, los de Atenas trataban de echarme materialmente casi con sus ruegos y de nuevo se repetía la misma consigna: no hay que traicionar a Dión ni a los huéspedes y amigos de Tarento. En mí mismo se mantenía la idea de que no tenía nada de extraño que un hombre joven, con buena capacidad para aprender, oyendo hablar continuamente de temas elevados, sintiera un amor apasionado por la vida perfecta. Por ello se hacía preciso comprobar cuidadosamente lo que efectivamente había de cierto en un sentido u otro, no eludir en modo alguno la cuestión ni asumir la responsabilidad de lo que sería verdaderamente una gran ofensa. O si es que efectivamente se había dicho con este rumor la verdad. Me puse en camino, ofuscado con estos razonamientos, con muchas



aprensiones porque al parecer los oráculos no eran muy favorables. Llegué, pues, y a Zeus Salvador ofrezco la tercera copa, ya que en esto al menos tuve realmente éxito: volví felizmente sano y salvo, y esto tengo que agradecerse, después de los dioses, a Dionisio, pues cuando había muchos que deseaban mi muerte, él lo impidió y mostró cierto pudor ante mis asuntos.

A mi llegada, pensé que ante todo debía comprobar si Dionisio estaba realmente inflamado como fuego por la filosofía, o si el rumor que había llegado a Atenas en este sentido carecía de fundamento. Pues bien, hay un procedimiento bastante discreto para llevar a cabo esta prueba, y además es muy adecuado para aplicarlo a tiranos, sobre todo si están rebosantes de ideas mal asimiladas, que es precisamente lo que yo advertí en Dionisio nada más llegar. A esta clase de personas hay que explicarles lo que es la obra filosófica en toda su extensión, y cuántos trabajos y esfuerzos exige. Porque si el oyente es un verdadero filósofo, apto para esta ciencia y digno de ella porque tiene una naturaleza divina, el camino que se le ha enseñado le parece maravilloso, piensa que debe emprenderlo inmediatamente y que no merece la pena vivir de otra manera. Pone, en consecuencia, todo su esfuerzo con los del guía que le dirige y no afloja el paso hasta que ha alcanzado plenamente todos sus objetivos o consigue fuerzas suficientes para poder caminar sin su instructor. Éste es el estado de ánimo con el que vive este hombre, dedicado a sus actividades ordinarias, cualesquiera que sean, pero ateniéndose siempre en todo a la filosofía, y a un sistema de vida cotidiano que le confiere con la sobriedad una inteligencia despierta, memoria y capacidad de reflexión. Toda conducta contraria a ésta no deja de horrorizarle. En cambio, los que no son verdaderamente filósofos, que tienen únicamente un barniz de opiniones, como las personas cuyos cuerpos están ligeramente quemados por el sol, cuando ven que hay tanto que aprender, el esfuerzo que hay que realizar y la moderación en el régimen de vida cotidiano que la empresa pide, considerándolo difícil e imposible para ellos, ni siquiera son capaces de ponerse a practicarlo, y algunos se convencen de que ya han aprendido bastante de todo y que no necesitan más esfuerzos. Ésta es una prueba evidente e infalible cuando se trata de personas dadas a los placeres e incapaces de hacer esfuerzos, de modo que no pueden acusar a su maestro, sino a sí mismos, cuando no son capaces de seguir todas las prácticas necesarias para la actividad filosófica.

En este sentido me dirigía yo a Dionisio con mis palabras, pues ni le di explicaciones completas ni él tampoco me las pidió, ya que hacía como que sabía muchas cosas y las más importantes, y presumía de estar ya bastante informado gracias a las mal entendidas enseñanzas recibidas de otros.



Yo tuve una entrevista con Dionisio una sola vez, como ya conté, pero nunca más volví a hacerlo. En este momento debe enterarse, quienquiera que se interese por averiguar cómo ocurrieron realmente los hechos, de los motivos por los que no seguimos las lecciones ni una segunda vez, ni una tercera, ni ninguna otra. ¿Acaso Dionisio, después de haberme oído una sola vez, pensaba que ya sabía bastante, y en efecto sabía lo suficiente, ya fuera por descubrimientos propios o porque había aprendido antes de otros maestros? ¿O juzgaba que mis explicaciones carecían de valor, o bien, tercera hipótesis, que no estaban a su altura, sino que le superaban y realmente se sentía incapaz de llevar una vida entregada a la sabiduría y a la virtud? Porque si pensaba que carecían de valor, esto se contradice con muchos testigos que afirman lo contrario y que en estas materias serían jueces más competentes que él. Si creía que había descubierto o aprendido conocimientos, y que éstos eran valiosos para la educación de un alma libre, ¿cómo hubiera podido, a no ser que se tratara de un hombre extravagante, desdeñar tan fácilmente a la persona que era su guía y su maestro? Cómo, de hecho, me desdeñó voy a referirlo ahora. Poco tiempo después de estos acontecimientos, aunque hasta entonces había dejado a Dión la libre disposición de sus bienes y el disfrute de sus rentas, prohibió que en lo sucesivo se las enviaran sus administradores al Peloponeso, como si hubiera olvidado su carta; pues decía que los bienes no pertenecían a Dión, sino a su hijo, que era sobrino suyo, y por ley le correspondía su tutoría. Éstos son los acontecimientos que ocurrieron en aquella época hasta el momento de mi relato; en estas circunstancias, yo había visto con claridad el entusiasmo de Dionisio por la filosofía y tenía motivo para indignarme, tanto si quería como si no.

Estábamos entonces en verano, y con ello los navíos se hacían a la mar. Yo pensaba que no debía estar irritado contra Dionisio, sino más bien contra mí mismo y contra los que me habían forzado a cruzar por tercera vez el Estrecho de Escila para afrontar una vez más a la funesta Caribdis y que debía decir a Dionisio que yo no podía prolongar mi estancia después del ultrajante trato de que había sido víctima Dión. Pero él trataba de calmarme y me pedía que me quedara, porque pensaba que no era bueno para él que yo me marchara tan rápidamente siendo portador de semejantes noticias. Como no podía convencerme, dijo que quería preparar personalmente mi viaje. Yo, por mi parte, había pensado embarcarme en cualquier barco mercante, porque estaba tremendamente irritado y dispuesto a arrostrarlo todo si se me ponían impedimentos, puesto que, evidentemente, yo no había hecho ofensa alguna, sino que más bien la había recibido. Y él, al ver que yo no estaba dispuesto en absoluto a quedarme, imaginó la treta siguiente para retenerme durante aquel período de navegación. Al día siguiente de la entrevista vino a verme y se dirigió a mí con estas persuasivas palabras: «Que Dión y sus intereses dejen de ser un obstáculo entre tú y yo y un motivo de discordia permanente. Mira lo que en atención a ti voy a hacer por Dión.

Le pido que se haga cargo de sus bienes y resida en el Peloponeso, no como un exiliado, sino con la facultad de volver aquí cuando lo acordemos conjuntamente él y yo y vosotros sus amigos. Pero esto a condición de que no conspire contra mí. Responderéis de ello vosotros, tú y los tuyos, así como los familiares de Dión que están aquí; que también él os dé a vosotros garantías. El dinero que pueda recibir se depositará en el Peloponeso y en Atenas en manos de las personas que vosotros decidáis; Dión disfrutará de los intereses, pero no podrá sin vuestro consentimiento disponer del capital. En cuanto a mí, no tengo demasiada confianza en que sea leal conmigo al disponer de estos bienes, pues su importe es considerable, y sí me fío, en cambio, más de ti y de los tuyos. Mira, pues, si te gusta esta oferta y quédate aquí este año con estas condiciones; acabado este plazo, podrás marcharte, llevándote el dinero. Estoy seguro de que Dión te quedará muy agradecido si haces esto en su favor». Yo me disgusté al oír estas propuestas, a pesar de lo cual le respondí que lo pensaría y que al día siguiente le comunicaría lo que hubiera decidido. Tal fue el acuerdo al que llegamos entonces.

Yo estaba alojado, en efecto, para mayor desgracia mía, en el jardín contiguo al palacio, de donde el portero no me habría dejado salir de ninguna manera sin recibir una orden dada por Dionisio.

Una vez decidido, al día siguiente le di mi respuesta a Dionisio: «He decidido quedarme, pero a pesar de ello —añadí—, te pido que no me consideres como un representante plenipotenciario de Dión y que le escribamos conjuntamente tú y yo comunicándole las decisiones que hemos adoptado y preguntándole si le parecen suficientes; en caso contrario, si desea y pide algún cambio, que lo haga saber cuanto antes; tú entre tanto no debes tomar ninguna medida que cambie su situación». Esto fue lo que le dije y lo que acordamos entre nosotros, más o menos en los términos expresados. A continuación zarparon los barcos, y ya no era posible partir cuando Dionisio tuvo la ocurrencia de decirme que la mitad de los bienes debían considerarse de Dión y la otra mitad de su hijo. Dijo que los iba a vender y, una vez realizada la venta, me daría la mitad para que me la llevara y reservaría la otra mitad para el niño, añadiendo que esto era lo más justo. Yo quedé consternado por sus palabras, pero me pareció que era completamente

ridículo poner cualquier objeción; sin embargo, le hice ver que debíamos esperar la carta de Dión y volver a escribirle comunicándole este cambio. Pero él se puso en seguida a vender descaradamente la totalidad de los bienes de aquél, de la forma y manera que quiso y a quienes quiso vender, sin decirme a mí ni una palabra de ello; tampoco yo volví a hablarle de los intereses de Dión, porque me daba cuenta de que era inútil.

Hasta este momento, yo había estado acudiendo de esta manera en ayuda de la filosofía y de mis amigos; desde entonces, así vivíamos Dionisio y yo: yo, con la mirada puesta en el exterior, como un pájaro que está deseando volar de su jaula, y él intentando apaciguarme y sin haberme devuelto ninguno de los bienes de Dión; sin embargo, pretendíamos ser amigos ante Sicilia entera. Precisamente entonces intentó Dionisio rebajar la paga de los soldados más veteranos, contrariamente a las normas seguidas por su padre. Los soldados, furiosos, se reunieron en asamblea y decidieron oponerse. Él intentó emplear la fuerza cerrando las puertas de la acrópolis, pero los soldados se lanzaron al punto contra las murallas vociferando el peán de guerra de los bárbaros. Entonces Dionisio, totalmente aterrorizado, cedió por completo, y aún más ante los peltastas a la sazón reunidos. En seguida se divulgó el rumor de que Heraclides había sido el autor de todos estos acontecimientos. Cuando este rumor llegó a oídos suyos, Heraclides se quitó de en medio y se escondió. Dionisio intentaba detenerle...

Dionisio prosiguió su intento de cazar a Heraclides, pero Teodotes envió emisarios exhortándole a que huyera. El tirano lanzó en su persecución a Tisias, al frente de un destacamento de peltastas, pero Heraclides, según se dijo, se le adelantó por unas horas apenas y pudo refugiarse en territorio cartaginés.

Después de estos sucesos, Dionisio pensó que su antiguo proyecto de no devolverle sus bienes a Dión tenía ya un motivo convincente en sus relaciones inamistosas conmigo; primero me echó de la acrópolis con el pretexto de que tenían que celebrar un sacrificio de diez días de duración en el jardín donde yo habitaba. Me ordenó, pues, pasar este tiempo fuera, en casa de Arquedemo. Estando yo allí, Teodotes mandó a buscarme; estaba muy indignado por todo lo que había ocurrido y se estuvo quejando de Dionisio.

Cuando éste se enteró de que yo había ido a casa de Teodotes, se convirtió para él en otro motivo de desacuerdo conmigo, de la misma naturaleza que el anterior. Por medio de un mensajero me hizo preguntar si efectivamente me había entrevistado con Teodotes por invitación de éste. «Desde luego», dije yo. «En este caso —replicó el mensajero—, me encargó que te dijera que haces mal dando más importancia a Dión y a sus amigos que a él mismo». Esto fue lo que dije, y ya no me hizo llamar en más ocasiones a su palacio, como si ya estuviera perfectamente claro que yo era amigo de Teodotes y de Heraclides y, en cambio, enemigo suyo. Además, suponía que yo no podía sentir simpatía hacia él, ya que había dilapidado por completo los bienes de Dión. A partir de entonces yo habité fuera de la acrópolis, entre los mercenarios. Vinieron a verme, entre otros, unos remeros de origen ateniense, conciudadanos míos, que me informaron de que yo estaba siendo difamado entre los peltastas y que algunos habían proferido amenazas de muerte contra mí si conseguían cogerme. Entonces se me ocurrió la siguiente estratagema para salvarme. Envié un mensaje a Arquitas y a mis otros amigos de Tarento advirtiéndoles de la situación en que me encontraba. Ellos,

presentándola como una embajada, enviaron desde su ciudad una nave de treinta remos con uno de ellos, Lamisco, que nada más llegar fue a ver a Dionisio para interceder por mí, diciéndole que yo deseaba partir y pidiéndole que no se opusiera. Dionisio dio su consentimiento y me despidió, dándome dinero para los gastos de viaje. En cuanto a los bienes de Dión, ni yo se los reclamé ni él me dio nada.

Cuando llegué al Peloponeso encontré en Olimpia a Dión, que estaba allí asistiendo a los juegos, y le conté lo sucedido. Él, poniendo a Zeus como testigo, nos exhortó inmediatamente a mí, a mis parientes y amigos a preparar nuestra venganza contra Dionisio; nosotros, porque había traicionado a sus huéspedes (lo decía tal como lo pensaba), y él, por haber sido expulsado y desterrado injustamente. Cuando yo oí estas palabras, le invité a que solicitara la ayuda de nuestros amigos, si es que estaban dispuestos a dársela, «Y en cuanto a mí, —añadí—, fue casi forzado por ti y por los otros como compartí la mesa, la morada y los sacrificios de Dionisio. Éste tal vez creía, porque eran muchos los calumniadores, que yo de acuerdo contigo conspiraba contra él y contra su régimen tiránico, a pesar de lo cual no me mandó matar, sino que sintió pudor en hacerlo. Por otra parte, yo ya no tengo edad para hacerme aliado de guerra de nadie, pero me uniré a vosotros siempre que necesitéis reanudar vuestra amistad y favoreceros mutuamente; pero mientras estéis deseando hacerlos mal, buscad otros aliados». Esto es lo que yo les dije, porque había llegado a aborrecer mis andanzas por Sicilia y mi fracaso. Pero ellos no me hicieron caso ni atendieron mis intentos de reconciliación, y se hicieron responsables de todas las desgracias que ahora les han ocurrido. Nada de esto habría ocurrido, en la medida en que pueden conjeturarse los azares humanos, si Dionisio hubiera devuelto a Dión sus bienes, o se hubiera reconciliado por todos los medios con él, pues en ese caso yo habría podido contener fácilmente a Dión con mi voluntad y mi influencia. En cambio, ahora, al dirigirse uno contra otro, han desencadenado toda clase de desastres. Sin embargo, Dión tenía las mismas intenciones que yo diría que debería tener yo mismo o cualquier persona sensata; tanto en lo que se refiere a su influencia personal, como a sus amigos, como a su patria, no tendría otra ambición que prestarle los más grandes servicios y convertirse en una persona poderosa y honrada entre todos. No es ése el caso del que se enriquece a sí mismo, a sus partidarios y a su ciudad organizando conjuraciones y reuniendo conspiradores, cuando se es pobre, no se tiene autodomínio y uno es víctima cobarde de sus pasiones; cuando se da muerte a los ricos, llamándolos enemigos y dilapida sus bienes e invita a hacer lo mismo a sus colaboradores y cómplices, para que ninguno de ellos tenga que echarle en cara su pobreza. Ése es también el caso del que es honrado por su ciudad como su bienhechor por haber distribuido por decreto a las masas los bienes de unos pocos, o del que estando al frente de una ciudad importante, que a su vez preside a otras más débiles, adjudica a la suya los bienes de las ciudades más pequeñas contra todo derecho. Ni Dión ni ningún otro aceptaría voluntariamente un poder que sería eternamente funesto para él y para su raza, sino que tendería más bien a una constitución y a un sistema legislativo verdaderamente justo y bueno, conseguido sin ningún tipo de matanzas o destierros. Eso es precisamente lo que Dión trataba de llevar a cabo, y ha preferido sufrir injusticias a cometerlas, y aunque tomó precauciones para no sufrirlas, sin embargo sucumbió cuando estaba a punto de alcanzar la cumbre, la victoria sobre sus enemigos. Lo que le ocurrió no tiene nada de extraño, pues un hombre justo, sensato y prudente, al tratar con hombres injustos, no puede dejarse engañar sobre

la manera de ser de tales personas, pero tampoco tiene tal vez nada de extraño que le ocurra como a un buen piloto a quien no puede pasarle desapercibido que se acerca una tempestad, pero no puede prever su extraordinaria e inesperada magnitud y, por no preverla, forzosamente zozobra. Esto mismo fue también lo que hizo caer por muy poco a Dión. Él conocía muy bien la maldad de los que le hicieron caer, pero lo que no podía prever era hasta qué punto era profunda su estulticia, su perversión y voracidad. Este error le hizo sucumbir, sumiendo a Sicilia en un inmenso duelo.

Después de lo que acabo de decir, mis consejos están ya más o menos expuestos, y ya es suficiente. He vuelto a reanudar el relato de mi segundo viaje a Sicilia porque me pareció necesario contároslo a causa del carácter absurdo o extraño que tomaron los acontecimientos. Por ello, si mis explicaciones actuales parecen razonables y se juzgan satisfactorios los motivos que explican los hechos la exposición que acabo de hacer podrá considerarse adecuada y discreta.”

### **PLATÓN EN SICILIA POR DIOGENES LAERCIO, LIBRO III**



2. “Nació, pues, Platón, como dice Apolodoro en sus Crónicas, en la Olimpiada LXXXVIII, día 7 de Targelión, en cuyo día dicen los delios que nació también Apolo.

Murió, según Hermipo, el año primero de la Olimpiada CVIII, comiendo en un convite nupcial el año ochenta y uno de su edad.

(---)

11. Navegó tres veces a Sicilia: la primera a fin de ver la isla y observar el Etna, en cuya ocasión, siendo tirano de la misma Dionisio, hijo de Hermócrates, lo coartó a que comunicase consigo.

Habiendo, pues, entonces Platón hablado sobre la tiranía, y díjole que no era lo mejor aquello que era conveniente a él solo, si no se conformaba con la virtud; enojado Dionisio, le dijo: «Tus razones saben a chochez», y las tuyas a tiranía, respondió Platón. Indignado de esto el tirano, quiso quitarle la vida. No lo ejecutó, habiendo intercedido, por él Dion y Aristómenes; pero lo entregó a Polido Lacedemonio (que entonces era allí embajador) para que lo vendiese; el cual se lo llevó y lo vendió en Egina. Acúsalo a la sazón como reo de muerte Carmandro, hijo de Carmandrides, al tenor de la ley que habían puesto de que muriese sin esperar sentencia de juez el primer ateniense que entrase en la isla; la cual ley les había puesto él mismo, como dice Favorino en su Varia historia. Pero como uno dijese por chanza que el que había aportado era filósofo, le dieron libertad.

12. Otros dicen que fue llevado al tribunal; y como lo viesan que nada decía en su defensa y que estaba pronto a recibir cualquiera suerte que le tocase, no lo juzgaron digno de muerte, y determinaron venderlo por esclavo. Redimiólo Anníceris Cireneo, que se halló allí casualmente, por el precio de veinte minas, o según algunos, de treinta; y lo envió a Atenas a sus amigos. Remitiéronle éstos luego el coste del rescate; pero Anníceris no lo recibió, diciéndoles que no eran ellos solos los que tenían cuidado de Platón. Otros afirman que Dion fue quien envió el dinero, y que no lo quiso recibir, sino que compró para él un huertecillo en la Academia. Dionisio habiéndolo sabido escribió a Platón diciéndole no hablase mal de él; a lo que respondió que «no tenía tanto ocio que se acordase de Dionisio».

13. La segunda vez que pasó a Sicilia fue para pedir a Dionisio el Joven tierra y hombres qué viesan según la república que él había ordenado; si bien éste, aunque se lo prometió, no llegó a cumplirlo. Algunos dicen que corrió gran riesgo por la sospecha de haber inducido a Dion a que libertasen la isla; pero Arquitas Pitagórico lo defendió por una carta que escribió a Dionisio, y lo salvó enviándolo a Atenas. La carta es ésta:

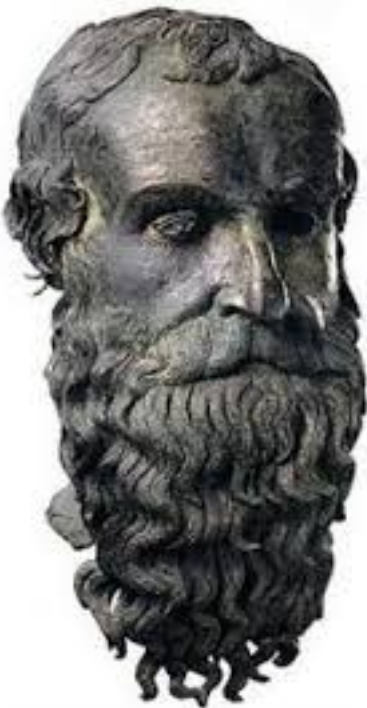
Arquitas a Dionisio: salud

»Todos los amigos de Platón enviamos a Lamisco y a Fotidas, a fin de que les entregues, como se ha estipulado, aquel varón. Bien lo ejecutarás si te acordares de la diligencia con que nos pediste a todos la ida de Platón a ti; que lo exhortásemos al viaje, prometiéndole que tú lo recibirías dignamente, y le permitirías quedarse o volverse libremente. Acuérdate también de lo mucho que apreciaste este su viaje, y de que lo amaste desde entonces cual a ninguno de los otros que están contigo. Y si se ha movido entre vosotros alguna rencilla, conviene obrar con humanidad, y nos lo envíes sin daño alguno. Haciendo esto, obrarás con justicia y nos harás cosa grata».

Pasó tercera vez a Sicilia a fin de reconciliar a Dion con Dionisio; mas no Consiguiéndolo, los dejó, y se volvió a la patria. Nunca quiso entrar en el gobierno de la república, por más

inteligente que era en gobernar, como consta de sus escritos. “

**PLUTARCO, VIDAS PARALELAS, DIÓN(SELECCIÓN):**



III.- Dionisio el Mayor, luego que usurpó el poder, casó con una hija de Hermócrates Siracusano: pero a ésta, no estando todavía bien asegurada la tiranía, los Siracusanos en una sedición le hicieron en su persona tales afrentas e insultos, que a consecuencia de



ellos voluntariamente se dejó morir. Recobró luego Dionisio y afianzó más su autoridad, y volvió a casarse con dos mujeres a un tiempo, la una de la Locrense, llamada Doris, y la otra del país, llamada Aristómaca, hija de Hiparino, varón muy principal entre los Siracusanos, y colega en el mando de Dionisio cuando por la primera vez fue nombrado generalísimo para la guerra.

Aristómaca estuvo largo tiempo al lado de Dionisio sin tener hijos, sin embargo de que éste lo deseaba y procuraba hasta el punto de dar muerte a la madre de la Locrense, por haberse sospechado que había hecho estéril con pócimas a Aristómaca.

IV.- Era Dion hermano de ésta, y al principio alcanzó honor por la hermana: pero después, habiendo dado muestras de prudencia, por sí mismo se ganó tanto el afecto del tirano, que entre otras muchas distinciones dio orden a los tesoreros de que si Dion pedía alguna cosa, se la entregasen, y, entregada, se lo participaran en el mismo día. Era desde luego de carácter altivo, magnánimo y valeroso, pero sobresalió más en estas calidades después que arribó a Sicilia Platón, más bien por una feliz y divina suerte que no por ninguna disposición humana: y es que algún buen Genio, preparando de lejos, según parece, a los Siracusanos el principio de su libertad y la destrucción de la tiranía, trajo a Platón de Italia a Siracusa e inclinó a Dion a escuchar su doctrina, siendo éste todavía muy joven, pero teniendo para aprender más disposición que cuantos acudieron a oír al filósofo y mayor presteza y diligencia para seguir la virtud, como el mismo Platón lo dejó escrito y los hechos lo testifican. Porque con haber sido educado bajo el tirano en costumbres oscuras, y avezándose a una conducta sujeta y tímida, a hacerse servir con orgullo, a un lujo desmedido y a un método de vida propio de quien hace consistir lo honesto en los placeres y en la satisfacción de los deseos, no bien llegó a probar el fruto de la razón y de una filosofía adiestradora a la virtud cuando al punto se inflamó su espíritu, y gobernándose por su excelente disposición a lo bueno, con ánimo sencillo y juvenil esperó que en Dionisio haría igual impresión la misma doctrina, y así trabajó y se afanó por que éste, quitando algún tiempo a los negocios, acudiera también a oír a Platón.

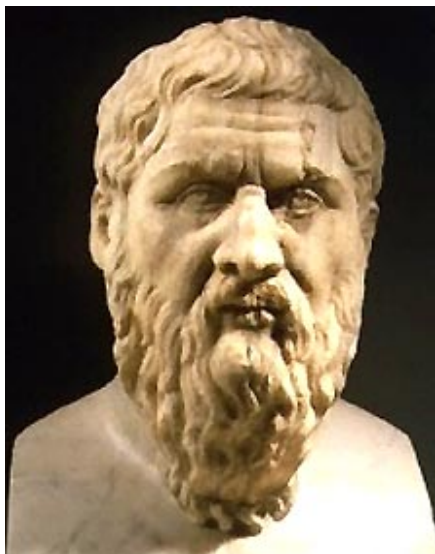
V.- Llegado el caso de que lo oyese, el filósofo habló en general de la virtud y trató después largamente de la fortaleza, para probar que los tiranos de todo tienen más que de fuertes; y como, convirtiendo luego su discurso a la justicia, hiciese ver que sólo es vida feliz la de los justos, y la de los injustos infeliz y miserable, no pudo ya el tirano aguantar aquellos discursos, creyéndose reprendido, y se incomodó con los que se hallaban presentes, porque le oían con admiración y se mostraban encantados de su doctrina. Por último, irritado, le preguntó con enfado qué era lo que quería con su venida a Sicilia; y como le respondiese que buscaba un hombre de bien, le replicó el tirano: "Pues a fe que parece que todavía no lo has encontrado." Creyó Dion que el enojo no pasaría más adelante, y se dio prisa a acompañar a Platón a una galera que conducía a la Grecia al espartano Polis; pero Dionisio había enviado reservadamente quien rogara a Polis, como objeto principal, que diera muerte a Platón; y si esto no, que no dejara de venderlo, pues que ningún daño le haría, sino que, siendo justo, sería igualmente feliz en medio de la servidumbre. Dícese, por tanto, que Polis llevó a Platón a Egina y lo vendió,

teniendo los Eginetas guerra con los Atenenses, y habiendo publicado por bando que el Atenense que fuese hecho cautivo se vendiese en Egina. Mas no por esto fue Dion tenido de Dionisio en menor honor y aprecio, pues desempeñó embajadas muy importantes, enviado a los Cartagineses, y continuó siempre admirado en gran manera, sufriendo de él sólo Dionisio que le hablara con libertad y le dijera sin recelo lo que se le ofreciese...

Tenía Dionisio tres hijos de la Locrense y cuatro de Aristómaca, de los cuales dos eran hembras. Sofrósina y Áreta, y de éstas, a Sofrósina la casó con Dionisio su hijo, y a Áreta con su hermano Teárides. Muerto éste, Dion tomó por mujer a Áreta, que era su sobrina. Enfermó en esto Dionisio en términos de desconfiarse de su vida, e intentó Dion hablarle de los hijos de Aristómaca; pero los médicos, para lisonjear al que iba a suceder en la autoridad, no le dieron tiempo, sino que, según dice Timeo, propinándole a su petición una medicina narcótica, le privaron de sentido, juntando el sueño con la muerte. Con todo, a la primera conferencia que tuvieron con Dionisio el Joven las personas de su confianza, habló Dion con tal tino acerca de lo que, según las circunstancias, convenía, que hizo ver que a su lado no eran todos los demás en prudencia sino unos muchachos, y en franqueza y libertad unos esclavos de la tiranía, aconsejando aquel joven baja y cobardemente a medida de su gusto. Sobre todo, dejó pasmados a los que estaban temblando por el peligro que al poder de Dionisio amenazaba de parte de Cartago, ofreciendo que si Dionisio deseaba la paz, pasando al África al punto haría cesar la guerra con las mejores condiciones, y si apetecía la guerra, mantendría a sus expensas y le daría para hacerla cincuenta galeras equipadas.

VII.- Maravillóse sobremanera Dionisio de su magnanimidad, y se pagó mucho de su pronta disposición a servirle; pero los otros, dándose por reprendidos con su largueza, y por humillados con su poder, tomando de aquí mismo principio, no se abstuvieron de expresión ninguna conque pudieran excitar odio en aquel joven contra él, persuadiéndole que por medio de las fuerzas marítimas aspiraba a la tiranía, y que quería con las naves traspasar el poder a los hijos de Aristómaca, que eran sus sobrinos, aunque las causas principales para el odio y la envidia las tomaban de la diferencia de su conducta y de la ninguna semejanza en el tenor de vida. Porque aquellos, apoderándose desde luego del trato y la confianza de un tirano joven y mal educado con placeres y lisonjas, estaban continuamente inventando algunos amores y distracciones no interrumpidas, de beber, de frecuentar mujerzuelas y de otros pasatiempos indecorosos, con los que, dulcificada la tiranía como el hierro, apareció humana a los gobernados, y cedió de la misma dureza, embotada, no tanto por la bondad y mansedumbre como por la desidia del tirano. Desde aquel punto, yendo siempre a más, y creciendo de día en día la relajación de aquel joven, rompió ésta y quebrantó aquellas ataduras de diamante con que dijo Dionisio el Mayor dejaba asegurada la monarquía; porque, según es fama, luego que se dio a estos excesos, hubo ocasión en que pasó noventa días seguidos en beber, y en todo este tiempo, estando el palacio cerrado e inaccesible a los negocios serios, sólo le ocuparon las embriagueces, las befas, las canciones, las danzas y las truhanadas.

VIII.- Hacíase, pues, Dion molesto, como era natural, no teniendo ninguna blandura ni condescendencia juvenil; por lo que aquellos, dando a sus virtudes con cierta apariencia nombres de vicios, graduaban de soberbia su gravedad, y de insolencia su franqueza: si hacía amonestaciones, parecía que los acusaba, y si no se prestaba a sus extravíos, que los miraba con desprecio. Por otra parte, su mismo genio le inclinaba a cierta entereza y severidad poco accesible y comunicable para el trato, pues no sólo no era afable y risueño para un joven cuyos oídos estaban corrompidos con las lisonjas, sino que aun muchos de los que le tenían más tratado, y a quienes agradaba más la sencillez e ingenuidad de sus costumbres, reprendían en sus audiencias el que hablaba a los que tenían negocios con más aspereza y despego de lo que convenía; sobre lo que Platón, como profetizando, le escribió más adelante que pusiera cuidado y se fuera a la mano en la terquedad, que regularmente se contrae viviendo solo. Mas, sin embargo, aun entonces mismo, cuando parecía que se le tenía en grande aprecio por los negocios, y porque era el único que mantenía y conservaba en pie la tiranía conmovida y vacilante, conocía él que, si era el primero y el mayor, no se debía a la voluntad del tirano, sino a la necesidad que de él tenía.



IX.- Pensando que la causa de esto era la falta de instrucción, trabajaba por inclinarse a los estudios liberales y a que gustara los discursos y doctrinas que forman las costumbres, para que dejara de temer la virtud y se acostumbrara a complacerse con las cosas honestas; porque no era por índole este Dionisio de los tiranos más perversos, sino que su padre, por temor de que mudara de modo de pensar, y juntándose con hombres prudentes le armara asechanzas y le privara de la autoridad, le tenía cerrado estrechamente en su casa, ocupado, a falta de todo otro trato y de negocios en que ejercitarse, en hacer carritos, candeleros, sillas y mesas de madera. Porque Dionisio el Mayor era hombre tan desconfiado y tan suspicaz y medroso respecto de todos los hombres, que no se cortaba el cabello con navaja de afeitar, sino que venía un barbero para quemárselo con un carbón. A su habitación no entraban ni su hermano ni su hijo con los vestidos que llevaban, sino que para pasar adelante era necesario que se desnudara cada uno de la ropa con que iba vestido y tomara otra, viéndole desnudo los de la guardia.

Porque una vez su hermano Léptines, para hacerle la descripción de un terreno, tomando la lanza de uno de los de la guardia, dibujó con ella aquel sitio, al hermano le riñó ásperamente, y al que le dio la lanza le quitó la vida. De sus amigos se guardaba con sumo cuidado por lo mismo que conocía su capacidad y prudencia, pues decía que los tales más quieren dominar que ser dominados. A un tal Marsias, que él mismo había promovido, y a quien había nombrado para una comandancia, le dio asimismo muerte porque había tenido un sueño en el que le parecía que pasaba con la espada al mismo Dionisio, diciendo que el haber tenido entre sueños esta visión nacía de haber meditado y hablado frecuentemente sobre ello; tan tímida y tan llena de maldades tenía el alma por el miedo aquel mismo, que se irritó con Platón porque no hizo ver que era el más esforzado de los hombres.

X.- Viendo, pues, Dion al hijo de Dionisio pervertido y estragado en sus costumbres, como hemos dicho, por falta de educación, lo exhortaba a que procurase instruirse, a que rogara con todo encarecimiento al mayor de los filósofos que viniera a Sicilia, y venido que fuese, se pusiera en sus manos, para que, formadas por la razón sus costumbres a la virtud, y asemejado él mismo al ejemplar más divino y más hermoso de cuanto existe, al que cuando obedece todo lo criado, destruido el desorden, resulta lo que llamamos mundo, se procurara a sí mismo y a sus ciudadanos la mayor felicidad; ; haciendo que lo que ahora ejecutan éstos de mala gana por la necesidad del mando, lo ejecutasen con placer, viéndole mandar paternalmente con prudencia y justicia, y convertido en rey de tirano, pues que las cadenas diamantinas no eran, como decía su padre, el temor, la violencia, la muchedumbre de las naves ni la guardia de diez mil bárbaros, sino el amor, la pronta voluntad y el agradecimiento, producidos por la virtud y la justicia; cosas que, aunque parecen más suaves que aquellas otras fuertes y duras, dan mayor estabilidad al mando. Fuera de esto, decía ser poco airoso y apetecible que el que manda sobresalga en los adornos del cuerpo y en la brillantez de su casa y que se confunda en la conversación y en el modo de explicarse con el hombre más oscuro, y que no procure tener regia y convenientemente adornado el palacio de su alma.

XI.- Como Dion le hiciese frecuentemente estas exhortaciones, mezclando en ellas algunos de los discursos de Platón, excitó en Dionisio un vehemente y furioso deseo de la doctrina y enseñanza de Platón. Enviáronse, pues, al punto a Atenas muchas cartas de parte de Dionisio, y muchas protestas de parte de Dion, a las que se agregaron otras de los Pitagóricos de Italia, instando también para que viniese, y ocupando aquella alma nueva, descaminada con la opulencia y el poder, la contuviese con los más poderosos discursos. Platón, avergonzándose, como dice él mismo, de que pareciese que sólo en palabras valía algo, no siendo para emprender obra alguna, y esperando que corregido un hombre solo, como un miembro principal, en él podría sanarse toda la Sicilia doliente, accedió a la venida. Mas los enemigos de Dion, temiendo ya la mudanza de Dionisio, le persuadieron que restituyera del destierro a Filisto, hombre ejercitado en la elocuencia, e instruido en las artes de la tiranía, a fin de tener en él un contrarresto contra Platón y la filosofía. Porque Filisto desde los primeros momentos de establecerse la tiranía se puso decididamente de su parte y defendió la ciudadela, habiendo sido largo tiempo

comandante de su guardia. Corría, además la voz de que tenía cierto trato con la madre de Dionisio el Mayor, no sin conocimiento de éste; pero después que ocurrió que Léptines, de una mujer que tomó para sí estando casada con otro, tuvo dos hijas, y dio la una en mujer a Filisto sin participarlo en ninguna manera a Dionisio, irritado éste, hizo poner en custodia y aprisionar a la mujer de Léptines, y desterró de la Sicilia a Filisto, el cual se acogió a unos huéspedes suyos a orillas del Adriático, y allí disfrutando de ocio, parece que fue donde compuso la mayor parte de su historia. Porque no volvió en vida de Dionisio el Mayor sino que ahora, después de su muerte, lo restituyó, como decimos, la envidia de estos otros contra Dion, por ser de su partido y un firme apoyo de la tiranía.

XII.- Vuelto Filisto, al punto se asoció a la tiranía, habiendo al mismo tiempo denuncias y acusaciones de otros contra Dion ante el tirano sobre que había tratado con Teódotes y Heraclides para destruir la tiranía. Y, a lo que parece, él esperaba poder despojar a ésta por medio de Platón, cuando llegase, de lo que tenía de demasiado despótica y desmandada, haciendo de Dionisio un imperante benigno y legítimo; mas si se resistía y no se ablandaba, tenía resuelto destruir su autoridad y restituir a los Siracusanos su gobierno, no porque le agradase la democracia, sino porque la prefería a la tiranía para los que no acertaban a establecer una aristocracia justa y saludable.

XIII.- Este era el estado de los negocios cuando llegó Platón a Sicilia; en el primer recibimiento se le hicieron los mayores honores y obsequios, pues al apearse de la galera estaba preparada una de las carrozas reales adornada magníficamente, y el tirano hizo un pomposo sacrificio, como si la ciudad hubiera tenido algún próspero suceso. Por otra parte, la moderación en los convites, el arreglo del palacio y la mansedumbre del mismo tirano en cuantos negocios ocurrían hicieron concebir a los ciudadanos las más lisonjeras esperanzas de una mudanza. Había una especie de manía en todos por la doctrina y la filosofía, y aun dura la voz de que el palacio estaba lleno de polvo de tantos como eran los que trazaban líneas geométricas. Al cabo de pocos días se celebraba en palacio un sacrificio solemne y patrio, y haciendo el heraldo, según costumbre, la plegaria de que se conservase inalterable la tiranía por largo tiempo, se refiere que Dionisio, que se hallaba presente, le increpó diciendo: “¿No cesarás de maldecirme?” Disgustó sobremanera este suceso a Filisto, por creer que el poder de Platón sería con el tiempo y la costumbre invencible si ahora con una ligera conferencia así había cambiado y mudado el ánimo de aquel joven.

XIV.- De aquí en adelante se censuró ya a Dion, no por uno u otro solamente y en voz baja, sino por todos y en público, pues decían: “Está visto el objeto que tiene en embaucar y en cierta manera encantar a Dionisio con la doctrina de Platón, para que, abdicando y renunciando éste voluntariamente la autoridad, recaiga en él mismo, y pase después a los hijos de Aristómaca, que son sus sobrinos...” Algunos, fingiéndose disgustados, decían: “No ha mucho que los Atenienses llegaron aquí con poderosa fuerza de mar y tierra, y se gastaron y destruyeron antes de tomar a Siracusa, y ahora disuelven la tiranía de Dionisio

por medio de un sofista, persuadiéndole que, retirándose de los diez mil estipendiarios, y dejando sus trescientas naves, los diez mil caballos y un número de infantes muchas veces mayor, se entretenga en buscar en la academia el tan celebrado último bien, y se haga feliz por medio de la geometría abandonando la felicidad del imperio, de la opulencia y del regalo a Dion y a sus sobrinos.” Habiéndose seguido a esto desde luego sospechas, y después enojo y división manifiesta, se le entregó reservadamente a Dionisio una carta escrita por Dion a los magistrados de Cartago, en que les decía que cuando hubieran de tratar de paz con Dionisio no fueran a verle sin hallarse él presente, para que por él se arreglara todo a su satisfacción. Esta carta la leyó Dionisio a Filisto, y habiendo conferenciado con él, según dice Timeo, se dirigió con una fingida reconciliación a Dion, con quien al efecto usó de afectadas excusas; y diciéndole que todo estaba ya acabado, lo llevó solo por debajo del alcázar hacia el mar, donde le mostró la carta, haciéndole reconveniones sobre que, ayudado de los Cartagineses trataba de rebelarse contra él. Quiso Dion defenderse, pero no le dejó, sino que como estaba le hizo embarcar en un barquichuelo, dando orden a los marineros de que lo condujeran a Italia, y allí lo echaran en tierra.

XV.- Hecho esto, luego que se publicó y divulgó entre todos, ocupó el llanto la casa del tirano a causa de las mujeres, y toda la ciudad de Siracusa se puso en movimiento esperando novedades y repentinas mudanzas del tumulto excitado contra Dion y la desconfianza de los demás para con el tirano; lo que, advertido por Dionisio, como también entrase en recelos, procuró consolar a los amigos de Dion y a las mujeres, queriendo hacerles entender que aquello no era destierro, sino una peregrinación para quitar el motivo de hacer quizá, impelido de la ira, alguna cosa peor contra la firmeza de aquel, estando presente. Puso dos naves a disposición de la familia de Dion, dándoles orden de que cargaran en ellas cuanto quisieran de su hacienda y sus esclavos y se lo llevaran al Peloponeso. Era grande la riqueza de Dion, y casi tiránicos su pompa y aparato para el servicio cotidiano; todo lo recogieron y condujeron sus amigos. Enviéronle además de esto otras muchas cosas las mujeres y otros de sus allegados y deudos, de manera que en caudales y riqueza hacía un papel muy brillante entre los Griegos, y en la opulencia del desterrado se echaba bien de ver el poder de la tiranía.

XVI.- Hizo al punto Dionisio que Platón se trasladara a la ciudadela, preparándole así una honrosa prisión bajo la forma de un benigno hospedaje, para que no marchara con Dion a dar testimonio de la injusticia que a éste había hecho. Mas con el tiempo y la continuación de estar juntos, acostumbrado, como fiera que es tocada y manejada del hombre, a sufrir su trato y su doctrina, llegó a tomarle un amor tiránico, queriendo ser él solo amado de Platón y admirado sobre todos los demás, y manifestando que estaba pronto a hacer mudanza en los negocios y en la tiranía misma siempre que no tuviera en más que su amistad la de Dion. Era, pues, para Platón una verdadera desgracia esta pasión de Dionisio, furioso de celos, como los amantes desatendidos, y que, como ellos, en breves instantes se irritaba, se aplacaba e interponía ruegos, deseando con ansia oír sus discursos y participar del estudio de la filosofía, pero avergonzándose de este deseo ante los que trataban de separarle de él, como si aquello fuera dejarse corromper. Ocurrió en esto una

guerra, y despidió a Platón, conviniendo en que restituiría a Dion para el verano. Y en esto le faltó, pero le envió las rentas que producían sus posesiones, rogando a Platón que, en cuanto al tiempo, le admitiera la excusa de la guerra, pues luego que se hiciera la paz restituiría a Dion; mas que le encargara que entre tanto estuviera tranquilo, sin promover novedad ninguna ni desacreditarle entre los Griegos.

XVII.- Procuró Platón que así lo hiciese, y llamando la atención de Dion hacia la filosofía, lo mantenía en su escuela en la Academia. En la ciudad habitaba en casa de un tal Calipo, conocido suyo, y para recreo adquirió un campo, del que después, al restituirse a Sicilia, hizo donación a Espeusipo. Era éste uno de los amigos con quien más trataba y conversaba en Atenas, queriendo Platón templar y amenizar las costumbres de Dion con un trato sazonado y chistoso, y que oportunamente se prestaba también a los estudios serios, porque éste era el carácter de Espeusipo, por el que le celebró como gracioso y festivo Timón en sus versos jocosos. Dando en este tiempo Platón un coro de mancebos, Dion fue el que ejercitó el coro y quien hizo todo el gasto, fomentando Platón para con los Atenienses esta ambición y munificencia, que más bien procuraba favor a Dion que gloria a él mismo. Recorría Dion las demás ciudades, y en ellas conversaba y andaba en concurrencias y fiestas con los varones más virtuosos y más versados en los negocios, sin mostrar modales orgullosos, tiránicos o afeminados, sino modestia, virtud y fortaleza; pasaba el tiempo en conferencias sazonadas sobre las letras y la filosofía, con lo que se ganó la estimación de todos, y honores públicos y decretos de parte de las ciudades. Los Lacedemonios lo hicieron Espartano, despreciando el enojo de Dionisio, sin embargo de que entonces los estaba auxiliando eficazmente contra los Tebanos. Dícese que en una ocasión convidó a Dion Pteodoro de Mégara a que pasara a su casa; era Pteodoro, según parece, un hombre poderoso y rico; viendo, pues, Dion a su puerta mucha gente y turba de negociantes, y que a él mismo había dificultad en hablarle y verle, como observase que, sus amigos lo llevaban mal y se incomodaban: “¿Por qué vituperáis a éste?- les dijo;- nosotros hacíamos otro tanto en Siracusa.”

XVIII.- Al cabo de algún tiempo concibió celos Dionisio, y temiendo del aprecio y amor que Dion se había adquirido entre los Griegos, dejó de enviarle sus rentas, poniendo la hacienda de éste al cuidado de sus propios administradores. Queriendo además desvanecer con los filósofos la mala opinión que por Platón tenía, reunió muchos de los que pasaban por hombres instruidos, y aspirando a la gloria de aventajarse a todos en la disputa, se veía en la precisión de usar mal de las especies que a éste había oído. Volvió otra vez a desearle, y se reprendía a sí mismo de no haber sabido aprovecharse de su presencia, ni haberle oído por todo el tiempo que le convenía; y como tirano, arrebatado en sus deseos y pronto para la ejecución de todo proyecto, puso al punto por obra el de hacer venir a Platón, y no dejó piedra por mover hasta alcanzar de Arquitas y los otros Pitagóricos que, constituyéndose fiadores de sus promesas, llamaran a Platón, pues por medio de éste habían contraído al principio amistad y hospitalidad con Dionisio. Enviáronle, pues, éstos a Arquedemo, y Dionisio mandó barcos y amigos que rogaran a Platón. Escribió, además, con entereza y claridad que ninguna benigna condición obtendría Dion si Platón no se prestaba a pasar a Sicilia, pero si se prestaba, todas.

Llegáronle asimismo a Dion repetidas instancias de su hermana y su mujer para que rogase a Platón condescendiera con Dionisio, y no lo dieran ningún pretexto. De este modo dice Platón que se resolvió a pasar por tercera vez el mar de Sicilia, Para otra vez probar la cruel Caribdis.



XIX.- Yendo, pues, fue grande el gozo que causó a Dionisio y grande la esperanza de que llenó a la Sicilia, que también había hecho plegarias, y deseaba con ansia que Platón viniera a contraponerse a Filisto, y la filosofía a la tiranía. Era asimismo extraordinario el placer con que lo recibieron las mujeres, y singular la confianza que inspiró a Dionisio, como ningún otro, siéndole permitido presentarse ante él sin haber pedido permiso. Como éste le hiciese repetidas veces dádivas y él las rehusase otras tantas, Aristipo de Cirene, que se hallaba allí a la sazón, dijo que Dionisio era magnánimo con seguridad, porque a ellos que necesitaban de muchas cosas les daba poco, y mucho a Platón, que no recibía nada. Después de los primeros obsequios, habiendo empezado Platón a hablar de Dion, al principio se desentendía Dionisio; después ya tuvieron lugar las quejas y la enemistad, ocultas por entonces a los de afuera; porque Dionisio las disimulaba, y con otros agasajos y honores procuraba apartar a Platón de su amor a Dion, bien que a aquel no se le ocultaron desde luego su mala fe y sus engaños, sino que aguantaba y disimulaba. Hallábanse entre sí en esta disposición, creyendo que los demás no lo entendían; pero sucedió que Helicón de Cícico, uno de los amigos de Platón, predijo un eclipse de sol; y habiendo sucedido como lo anunció, admirado el tirano, le dio de regalo un talento de



plata; y Aristipo, chanceándose con los otros filósofos, les dijo que él también tenía que anunciar un suceso extraño. Como le rogasen que lo expresara: “Anuncio- les dijo- que de aquí a breve tiempo Platón y Dionisio serán enemigos.” Ello es que Dionisio vendió luego la hacienda de Dion, y se guardó el dinero, y a Platón, que tenía su habitación en el jardín de la casa, lo trasladó al cuartel de las tropas extranjeras, que muy de antemano lo aborrecían y buscaban medio de perderle a causa de que persuadía a Dionisio que abdicara la tiranía y viviera sin guardias.

XX.- Estando Platón en tan gran peligro, Arquitas, que lo llegó a entender, envió al punto una embajada y una galera de treinta remos, reclamándole de Dionisio, y haciendo a éste presente que no había pasado Platón a Siracusa sino en virtud de haberlos tomado a ellos por fiadores de su seguridad. Procuraba Dionisio excusar su enemistad contra Platón con banquetes y con otros obsequios que le hacía cuando estaba para despedirle, llegando hasta prorrumpir en esta expresión: “¿Podremos temer ¡oh Platón! que nos hagas graves y terribles recriminaciones con tus discípulos?”: a lo que, sonriéndose, “No permita Dios- le respondió- que en la Academia estemos tan faltos de asuntos que tratar que nos quede tiempo para hacer memoria de ti” Y con esto se dice que aquel le despidió; pero en verdad que no guarda gran consonancia con esta relación lo que el mismo Platón nos ha dado escrito.

XXI.- Servían estas cosas a Dion de sumo disgusto; y al cabo de poco se consideró en la precisión de hacerle la guerra, luego que llegó a entender lo ocurrido con su mujer, sobre lo que Platón había escrito con alguna oscuridad a Dionisio, y fue en esta forma. Después del destierro de Dion, Dionisio, al dejar marchar a Platón, le hizo el encargo de informarse reservadamente de si habría algún inconveniente en casar a su mujer con otro, porque corría la voz verdadera o fingida por los enemigos de Dion, de que el matrimonio de éste no había sido a su gusto, ni vivía en grande armonía con su mujer. Por tanto, luego que Platón llegó a Atenas y trató con Dion de todos los negocios, escribió al tirano una carta en que hablaba con claridad de todo, pero poniendo esta especie para él solo: que había hablado con Dion de aquel asunto, y no le quedaba duda de que se daría por muy ofendido si Dionisio lo llevase al cabo. Como por entonces hubiese grandes esperanzas de un acomodamiento, ninguna novedad hizo con la hermana y la dejó permanecer en palacio con el hijo de Dion; pero cuando del todo se descompusieron y Platón fue otra vez despedido con enfado, entonces casó a Áreta, contra su voluntad, con Timócrates, uno de sus amigos, no imitando en esto la condescendencia de su padre. Porque según parece se declaró enemigo de éste Políxeno, que estaba unido en matrimonio con su hermana Testa, y habiendo huido Políxeno por miedo y retirándose de la Sicilia, envió a llamar a la hermana y le dio quejas de que sabiendo la huída de su marido no se la participó; pero ésta, sin sobresaltarse ni concebir el menor temor: “Tan mala casada te parezco ¡oh Dionisio!- le dijo-, y tan desavenida con mi marido, que, si hubiera tenido noticia de su huída, no me había de haber ido con él para participar de su suerte? Pero no la tuve, pues por mejor hubiera tenido llamarme mujer de Políxeno fugitivo que hermana de un tirano.” Habiéndole hablado Testa con esta entereza, se dice que se admiró el tirano, y admiraron asimismo los Siracusanos su virtud, en términos que, después de disuelta la tiranía,

siempre le tributaron distinciones y honores regios, y después de su muerte acompañaron su entierro todos los ciudadanos. Paréceme que ésta no es una digresión inútil.

XXII.- Dion desde entonces convierte ya su ánimo a la guerra, no entrando en ella Platón por respeto a la hospitalidad de Dionisio y por su vejez; pero inflamando a Dion, Espeusipo y otros de sus amigos, y exhortándole a dar la libertad a la Sicilia, que le tendía las manos y le recibiría con los brazos abiertos; porque, según parece, mientras Platón residió en Siracusa, Espeusipo y los demás filósofos tuvieron más trato con aquellos habitantes, y se enteraron mejor de su modo de pensar...

Auxiliáronle en él muchos hombres de estado y muchos filósofos, con Eudemo de Chipre, a quien después que ya había muerto dedicó Aristóteles su diálogo del alma, y Timónides de Léucade. Habían traído asimismo a su partido a Miltas Tésalo, varón dado a la adivinación, y uno de los concurrentes a la Academia. De los que habían sido desterrados por el tirano, que no bajaban de mil, sólo veinticinco se alistaron en el ejército, separándose de la expedición por miedo los demás. Era el punto de reunión la isla de Zacinto, adonde acudieron los soldados, que no llegaron a ochocientos, pero todos hombres acreditados en muchos y grandes combates y, por tanto, muy ejercitados y aguerridos; así, en pericia y valor eran muy aventajados, y los más propios para inflamar y llenar de ardimiento al gran número de hombres decididos que esperaba Dion tener en la Sicilia.

XXIII.- Con todo, cuando éstos oyeron por la primera vez que aquel ejército se formaba contra Dionisio y la Sicilia, se quedaron aturdidos, y decayeron de ánimo, pareciéndoles que sólo cegado y enfurecido con la ira, o desesperado de poder reunir mayores medios, se arrojaba Dion a un hecho temerario, y a sus jefes y reclutadores los reconviniéron con enfado por no haberles anunciado desde luego la guerra a que eran destinados. Mas después que Dion les hizo ver lo deleznable y podrido de la tiranía, y los enteró que más bien que como soldados los llevaba como caudillos de los muchos Siracusanos y Sicilianos que hacía tiempo se hallaban dispuestos a abrazar su partido, y después que enseguida de Dion les habló Alcímenes, que, siendo entre los Aqueos el primero en gloria y linaje, había concurrido a la expedición, se tranquilizaron y volvieron a su primera confianza.

## RECONSTRUCCIÓN DE LA TRAMA

Platón tenía cuarenta años en ese momento (su primer viaje a la isla), es decir, alrededor del año 387 a. C.

No dice nada de las razones por las que fue, pero, en el caso de Italia, su motivo era probablemente el que dicen autores posteriores, o sea que tenía el deseo de establecer contacto personalmente con los filósofos pitagóricos establecidos allí, y especialmente con Arquitas, el político-filósofo de Tarento, de cuyas amistosas relaciones con Platón da testimonio la Carta Séptima.

La inestabilidad política de los griegos que vivían en Italia y su concepto de la *dolce vita* le produjeron una desagradable impresión, y le dieron más que pensar cuando se dirigió a Sicilia. Al hacer esto, no parece haber tenido en mente un propósito definido, y autoridades posteriores se han reducido a alegar un deseo de ver los cráteres y el flujo de lava del Etna.

La carta misma dice simplemente que fue «quizás el azar, aunque parece como si un poder más alto hubiera tramado el comienzo de los sucesos referentes a Dión y Siracusa» (326e). Una vez allí, un acontecimiento trascendental durante la visita eclipsó en su mente todos los demás, hasta el punto de que no menciona otra cosa, ni siquiera el nombre del tirano Dionisio de Siracusa. Se trata de su encuentro con Dión, que contaba entonces veinte años de edad y por quien se sintió apasionadamente atraído. Éste fue un encuentro cuyas fatales consecuencias tenía en mente cuando escribió la Carta Séptima.

Las relaciones de Dión con el tirano eran estrechas. Su hermana Aristómaca estaba casada con Dionisio, y el mismo se casó con su propia sobrina, o sea con la hija de Aristómaca. Platón le describe como un joven de unas cualidades y morales de carácter excepcional y el discípulo perfecto a quien podía abrir su corazón sobre sus propios ideales políticos.

Dión absorbió con entusiasmo la doctrina socrática de la superioridad de la virtud sobre el placer y el lujo, y renunció a los relajados hábitos que se estilaban en Italia y Sicilia, con lo que se ganó, en vida de Dionisio, cierta impopularidad en los círculos de la corte. La carta no dice nada de lo que duró la estancia de Platón, y la referencia al hecho de que su segunda visita tuviera lugar después de la muerte de Dionisio I y la sucesión de su hijo es tal casual, que nunca se podría sospechar que hubiera un intervalo de al menos veinte años entre su primera llegada y

la segunda.

Según una historia no mencionada por Platón, que circulaba en siglos posteriores, al final de la primera visita fue vendido como esclavo por Dionisio o bajo las órdenes de éste, y rescatado por un cirenaico llamado Anníceris o por amigos anónimos. Los detalles varían, pero si es correcta la versión de que la venta tuvo lugar en Egina y fue efectuada por Polis, un espartano que volvía de una embajada a Siracusa, la visita de Platón sólo pudo durar cuestión de meses; porque esto sólo pudo suceder en el período en el que Atenas y Egina estaban en guerra, es decir, no más tarde del año 387.

En los veinte años posteriores no ocurrió nada que alterara su opinión de que «la política estaba en un estado tan lamentable que no lo podrían remediar sino medios excepcionales o una intervención de la fortuna».

Para saber qué era lo justo en relación con los Estados y los individuos era necesario una educación rigurosa y una búsqueda imparcial de la verdad....

Platón fundó la Academia a continuación de su vuelta a Atenas, después de su primera visita a Occidente en el 387, según afirman los biógrafos posteriores o se deduce de ellos (por ej., D. L., III, 7). No dicen cuánto tiempo transcurrió, pero la mayor parte de los especialistas suponen, como es razonable, que no fue mucho tiempo. La institución tomó el nombre del lugar de su emplazamiento, situado casi a una milla de las murallas de Atenas, que se supone que estaba consagrado al héroe Academos o Hecademo, e incluía un huerto con árboles, jardines, un gimnasio y otros edificios. La santidad del lugar era grande, y se celebraban otros cultos allí, incluidos los de la misma Atenea. Para formar una sociedad que tuviera su tierra y sus locales propios, como hizo Platón, parece que era un requisito legal el registrarla como *thíasos*, es decir, como asociación de culto dedicada al servicio de alguna divinidad, que tendría nominalmente la propiedad de la finca. Platón eligió a las Musas, que ejercían el patronazgo de la educación, quizás no tanto porque creyera que «la filosofía era la ‘música’ más elevada» (Fedón 61a), sino porque un *Museion* o capilla de las Musas era en aquellos días una característica normal de las escuelas.

En el 367 muere Dionisio I, y su hijo, a quien había mantenido en la oscuridad tratándolo como a un niño, se encontró de pronto elevado a la posición de gobernante supremo de un imperio que su padre había ganado en Sicilia e Italia. Su tío Díon, que tenía una influencia considerable sobre el maleable joven, le convenció para que hiciera llamar a Platón, y le envió él mismo una carta haciendo hincapié en la inclinación del joven Dionisio por la educación y la filosofía y sugiriéndole que se había presentado allí la oportunidad de realizar el ideal de la República y crear un gobernante que fuera también filósofo.

En esa obra admitía Platón que los que están en posiciones elevadas están especialmente sujetos a influencias de corrupción, de manera que las posibilidades de éxito eran desde luego pequeñas. Pero, alegaba, ¿no es inconcebible que el hijo de un rey o de un tirano pueda tener una naturaleza filosófica y que pueda preservarla por una vez en todo el transcurso del tiempo? Con uno solo será suficiente, así es que no se deba perder la esperanza y desecharlo todo como mera fantasía (**Rep.** 494a-502c). No le fue difícil a Dión obligar al autor de estas palabras a volver a Sicilia para cooperar en la tarea de moldear la mente del joven tirano....

A su llegada Platón encontró la situación menos favorable que para la filosofía pudiera pensarse. Dionisio estaba inmerso en una atmósfera de facción y calumniadores contra Dión, quien finalmente, cuatro meses después de la llegada de Platón, fue acusado de conspiración y expulsado de Sicilia. Por otra parte, Dionisio desarrolló un celoso afecto por Platón, e intentó desplazar a Dión en su estima. Pero no tuvo el suficiente ánimo como para seguir el camino por el que podía haberlo logrado, o sea entregándose seria y voluntariamente a la filosofía bajo la instrucción de Platón, y al final se le pudo persuadir para que dejara a Platón volver a Atenas.

Sicilia estaba en guerra (338a) 49, y se acordó que tanto Platón como el mismo Dión podrían volver cuando la situación estuviera más tranquila y segura.

Esto, de acuerdo con la datación habitual, fue en el 365, y durante los cuatro años siguientes Platón estuvo dedicado una vez más a la actividad filosófica —enseñando y escribiendo— en la Academia. Dionisio envió entonces otra apremiante invitación, aunque pidiéndole al mismo tiempo a Platón que consintiera en posponer en un año la llamada de Dión.

Todos los informes coincidían en que Dionisio estaba ahora poseído por un genuino deseo de filosofía. Platón, sin embargo, estaba poco dispuesto a ir, y contestó que era ya viejo y que, en cualquier caso, Dionisio no había cumplido con lo que habían acordado. No obstante, la presión se hizo más fuerte. Como prueba de su celo, Dionisio había reunido en su corte a varios filósofos, que sostenían discusiones en la errónea suposición de que ya había recibido instrucciones suficientes de Platón. En opinión de Platón (338d), se combinaba en Dionisio un talento genuino para el saber con una ambición desmedida por que los demás tuvieran una buena opinión de él. Ahora se sentía avergonzado de no haber sacado más partido de la presencia anterior de Platón y temía que una negativa de este pudiera dar la impresión de que Platón tenía en poca estima sus dotes naturales y de que desaprobaba su forma de vida. Por tanto, reclutó a los filósofos para que dieran testimonio del carácter genuino que tenía su progreso en la filosofía. El pitagórico Arquitas, filósofo gobernante de Tarento, era su mejor baza. Platón sentía por Arquitas y su círculo un gran respeto y una calurosa amistad, y él mismo los había puesto

en relación con Dionisio. Los esfuerzos combinados de todos sus amigos fueron demasiado para él, y volvió por tercera vez a Sicilia en el 361.

No hay viaje que haya podido emprenderse con una disposición de ánimo más adversa. Arrastrado (como él mismo dice) por los enviados de Sicilia y empujado prácticamente por el entusiasmo de sus amigos en Atenas, cedió ante el viejo argumento de que no debía fallarles a Dión ni a sus amigos de Tarento, ni evitar la posibilidad de someter a Dionisio a una última prueba. Así, pues, comenzó el tercer acto de la tragedia. «Al menos», dice él, «pude escapar con vida», lo cual es una clara indicación del fracaso completo de la empresa. Primeramente, debía someter a prueba el temple de Dionisio explicándole qué es realmente la filosofía y la extensión de los estudios preliminares por medio de los cuales había que acercarse a ella, sin ocultarle nada del tiempo y el trabajo que ello requería ni el hecho de que ésta debía acompañarle constantemente y ser su guía durante toda su vida. Platón consideraba que la aceptación de este programa era la amarga prueba de un temperamento filosófico. Tal como sucedieron las cosas, ni siquiera se le permitió que terminara su exposición del mismo; tal era la seguridad que tenía Dionisio (verdadero modelo del hombre ignorante de Sócrates, que ni siquiera conoce su ignorancia) de saber ya los puntos más importantes, gracias a la perniciosa instrucción que había recibido de ciertos filósofos de la corte. Más tarde llegó hasta el punto de escribir un «manual» (τέχνη) propio, basado, según pretendía, en la enseñanza de Platón, que provocó la desilusión, por su poco valor, de Platón

Las cosas fueron de mal en peor. Lejos de llamar a Dión, el tirano se apoderó de sus propiedades y suspendió el envío de los ingresos que hasta ese momento había estado recibiendo Dión mientras permanecía fuera de Siracusa. Platón intentó marcharse, pero Dionisio calmaba su indignación con propuestas acerca del futuro de Dión y la parte que Platón podría jugar en él. Había que esperar a la próxima temporada de navegación y Dión le quedaría agradecido por su ayuda.

El desventurado Platón le pidió tiempo para reflexionar, y procedió a sopesar los pros y contras, meditando de la manera que era habitual en él, para llegar a la conclusión de que nadie le facilitaría un pasaje sin una orden personal de Dionisio y que, viviendo como lo hacía en las dependencias de palacio, era prácticamente un prisionero. Así es que «decidió» quedarse y Dionisio procedió a vender todas las propiedades de Dión, sin advertir de ello previamente a Platón. A partir de ese momento se acabaron sus buenas relaciones, aunque mantuvieron de cara al exterior la apariencia de amistad. Después de otros incidentes, Platón se las ingenió para enviar a Tarento un mensaje dirigido a Arquitas, y sus amigos de allí, con el pretexto de una misión política, le enviaron en un barco a uno de ellos, que persuadió a Dionisio para que le dejara marchar.

Éste fue el final de la desastrosa participación de Platón en la política activa. Espeusipo, que había trabado amistad con Dión en Atenas y había acompañado a Platón a Sicilia, animó a Dión para que volviera y combatiera contra Dionisio. Dión pidió ayuda a Platón, pero en esta ocasión éste se mantuvo firme. Platón respondió que había entablado lazos de religión y hospitalidad con Dionisio a instancia de Dión y que Dionisio, a pesar de creer probablemente a los que afirmaban que Platón estaba conspirando con Dión en contra de él, le perdonó la vida. En cualquier caso, él, Platón, ya no tenía edad para ayudar a nadie a combatir: favorecería cualquier iniciativa tendente a la reconciliación, pero si no era ése el propósito de Dión, debía buscar la ayuda en otra parte. Dión se dirigió a Siracusa con una fuerza de mercenarios, se produjeron combates y sobrevino la confusión: la ciudad sufrió matanzas y pillaje, y la aventura terminó con el asesinato de Dión. Incluso después de todo esto, era tal la influencia que ejercía la personalidad de Dión sobre Platón, que éste no se atrevió a culparlo. Sólo con que Dionisio le hubiera devuelto sus propiedades, dice Platón, nada de esto habría ocurrido, porque su propia influencia habría bastado para controlar a Dión. Y escribió el epitafio (que se conserva), el cual termina en una apasionada confesión de su anterior amor, y que, según la tradición, está inscrito en la tumba de Dión en Siracusa.

***Texto extraído del libro de W.KC. Guthrie. Historia de la filosofía griega, volumen IV:***



### Otra versión:

En este drama las personas implicadas, además del propio Platón, son- El joven Dionisio, hijo de Dionisio el viejo, tirano de la ciudad, indolente y voluble príncipe. Dión: el noble rico relacionado con Platón en apasionada amistad, que quería lo mejor, sin estar completamente preparado para ello; su antagonista, el astuto caudillo popular Heraclides; y Calipo, el Judas del círculo, y muchos otros caracteres que aparecen luego menos claramente presentados- El drama se presenta aquí conocido por las propias cartas de Platón y por los relatos de historiadores antiguos como Plutarco y Diogenes Laercio.

Platón fue cualquier cosa menos un hombre teórico en el sentido de Aristóteles o en cualquier sentido actual del término. Si él participa en un hecho político, no es algo extraño. Más bien él vio aquí por fin la ocasión por la que - como dice él mismo en la carta VII - nunca había dejado de esperar. Y si se dirige la mirada a la totalidad de la vida platónica, se tiene que reconocer así que la realización, para un eupátrida de la rama de Solón, de su más prístino, alto y legítimo impulso era la acción en la ciudad.

Platón tampoco ha vivido, a través de esto, algo así como el trágico naufragio de su más osado proyecto. Con manifiesta desconfianza había ido a su segundo viaje a Sicilia y con mayor aún a su tercero.



El describe suficientemente cómo le había importunado Dión para que fuese allí, después de la entrada en el gobierno de Dionisio el Joven; el joven príncipe y sus jóvenes parientes serían fáciles de ganar para el ideal platónico; ahora podría cumplirse la esperanza de que se unieran en una sola persona filosofía y poder.

« Platón (Carta VJJ, 328 B): «tenía miedo, en lo que atañe a los jóvenes, de por dónde podrían llegar a salir: pues rápidos son sus deseos y muchas veces llegan a posturas contrarias a sí mismos. En cambio, conocía el ánimo de Dión, que era de natural sensato, ya más asentado por edad. Por eso, tras observar y vacilar si debí a ir o no, me arrastró el que era necesario, si es que alguna vez se debía tratar de llevar a la práctica lo pensado sobre las leyes y la Constitución, y ahora era el momento de intentarlo: pues si persuadía a una sola persona, estaría todo perfectamente bien. Con este pensamiento, en efecto, y atrevimiento partí de casa, no por lo que algunos creían sino sobre todo por vergüenza propia de dar la impresión de ser sólo experto en todo tipo de palabras y en cambio no estar dispuesto nunca a intentar nada de obra, y de arriesgarme a traicionar primero la amistad y camaradería de Dión, que se encontraba en peligros no pequeños».

Se impone una forma de pensar y narrar que conocemos en él desde el Critón. El momento que podía llegar a suceder sería vivido con todo detalle. Ve a Dión, como desterrado, venir a él lleno de recriminaciones y le deja exponer que Platón cometió traición, además de contra él mismo, contra la Filosofía: «Pero la filosofía, cuyo panegírico tú estás siempre cantando y que, en tu opinión, permanece desoída por los demás hombres, ¿cómo no iba a ser ella traicionada junto conmigo, en la medida en que la tenías en tus manos?». Así estrictamente no le quedaba a Platón elección alguna. No fue ligero de corazón. «Abandoné mis ocupaciones diarias, que en absoluto eran deshonorosas, y me entregué a un gobierno autoritario que no iba de acuerdo ni con mis palabras ni con mi persona. Sin embargo fui a él», así recoge una vez más al final sus motivos: «Me libré de mi culpa contra Zeus, protector de los derechos de hospitalidad, y me comporté sin mancha frente a la Filosofía, que se hubiera con vertido en objeto de burla y censura si yo, llevado por cobardía o desidia, hubiese participado en alguna vergonzosa maldad ».

¿Y cómo le fue en el tercer viaje? En un primer momento rehusó las exhortaciones apremiantes de Dionisio tanto como las de Dión. El príncipe insistía cada vez más. Le envió un barco de guerra, para aligerar el viaje, y a las personas con las que Platón más se había relacionado en su anterior estancia en Siracusa. Ellos contaban que Dionisio se había adicto a la Filosofía. Cartas de Arquítas y del círculo de Tarento confirmaban que estaban de acuerdo con los enviados siracusanos sobre las inclinaciones filosóficas de Dionisio y añadían cómo la llegada de Platón sería del mayor interés para sus relaciones políticas con el tirano. De nuevo sopesa todas las cosas que le estorban para el viaje: «y así me puse en marcha, enfrascándome en tales reflexiones, a pesar de que tenía muchos temores y no vaticinaba bien alguno» (340 A). Platón conocía a los hombres, y más que sexagenario iba por el mar, sin falsas ilusiones en nada, pero en la convicción de que tenía que hacerlo. En la expedición guerrera contra Siracusa, que tuvo lugar irremediabilmente en medio del

fracaso de su último viaje, tomó viva participación la Academia al lado de Dion: se apartaba por su avanzada edad y porque, como huésped, Dionisio era sagrado para él. Pero deseaba suerte a la empresa. Pero él no la había aconsejado. Con consejos políticos persiste, cuando los compañeros de Dión, después del asesinato de su jefe, se dirigen al maestro como partícipe de sus planes. Sabía bien que «la gran ciudad de Dionisio el Viejo estaba puesta para salvar a los griegos ante los bárbaros. así que se tenía sobre todo entonces la posibilidad de hablar por primera vez sobre una Constitución» (VII,35 5 D). Y, en consonancia con esto, ante la perspectiva del peligro capital que se ceñía a partir de Cartago y de los Oscos, hace él su advertencia política (353 E). Ese consejo gravita sobre una monarquía, afirmada por medio de leyes, que aplaque la hostilidad de los pretendientes y proporcione una base firmemente apoyada y segura a los gobernantes. Él aconseja a los partidarios de Dión lo que había llevado a cabo Hermias en Asia con éxito, por lo que aquello en el oeste no podía ser inviable.

Seguramente que debió afectarle profundamente la muerte de Dión. El epigrama en su tumba , compuesto por él, da prueba de ello ,como también el que usó para citar en el final de la gran carta: «Así yace él derribado, y ha desatado sobre Sicilia un inacabable dolor» (351 E). También le debe haber conmovido el que un miembro de la Academia cometiera el vulgar asesinato de Dión, Calipo

Pero nosotros podemos vislumbrar algo sobre ello: había visto suficiente maldad humana desde su juventud como para haber podido aprender algo nuevo sobre ello. Que cada imagen de la idea en nuestra existencia es una realización y un mezclarse con lo malo, eso pertenece a las frases fundamentales de su doctrina. Pero su alma no vivía insertada en el mundo para consumirse en esas cosas: ella permanecía con sus ojos fijos en las formas eternas y dirigida a la verdadera ciudad.

***Platón, Paul Friedlander; Tecnos, Madrid 1989***

## LOS PROTAGONISTAS PRINCIPALES

### PLATÓN

*Nació en Atenas, en el 427 y falleció en el 347 a. C. Era un filósofo griego que junto con su maestro Sócrates y su discípulo Aristóteles, Platón es la figura central de los tres grandes pensadores en los que se asienta toda la tradición filosófica europea.*

*Nació en el seno de una familia aristocrática, Platón abandonó su vocación política por la filosofía, atraído por Sócrates. Fue su discípulo durante veinte años. Tras la condena a muerte de Sócrates (399 a. C.), huyó de Atenas y se apartó completamente de la vida pública; no obstante, los temas políticos ocuparon siempre un lugar central en su pensamiento, y llegó a concebir un modelo ideal de Estado.*

*Viajó por Oriente y el sur de Italia, donde entró en contacto con los discípulos de Pitágoras. En Atenas fundó en 387 una escuela de filosofía, situada en las afueras de la ciudad, junto al jardín dedicado a Academo, de donde procede el nombre de Academia. La Academia de Platón, una especie de secta de sabios organizada con sus reglamentos, contaba con una residencia de estudiantes, biblioteca, aulas y seminarios especializados, y fue el precedente y modelo de las modernas instituciones universitarias.*

*En ella se estudiaba y se investigaba sobre todo tipo de asuntos, dado que la filosofía englobaba la totalidad del saber, hasta que paulatinamente fueron apareciendo (en la propia Academia) las disciplinas especializadas que darían lugar a ramas diferenciadas del saber, como la lógica, la ética o la física. Pervivió más de novecientos años (hasta que Justiniano la mandó cerrar en el 529 d. C.*



El mosaico que nos ocupa, conocido como La academia de Platón o mosaico de Torre Annunziata, data del s. I d.C. y fue hallado en una casa de campo



***Restos de la Academia, Atenas.***

## DIONISIO I EL VIEJO

*(Siracusa, c. 430 a.J.C.- id., 367) Fue un Tirano de Siracusa (405-367). Instauró un Gobierno autocrático y centralista, pero popular, que eliminó las aspiraciones democráticas del Partido Ateniense. Liberó gran cantidad de esclavos y reorganizó el ejército y la flota, que adaptó a las nuevas técnicas militares y convirtió en instrumento de su política expansionista. Estableció la preponderancia de Siracusa en el Mediterráneo central y occidental, y organizó un sólido Estado en la parte oriental de Sicilia. Aliado con los espartanos, intervino en las guerras contra Atenas*



Dinastía de Dionisio I El Viejo. DECADRACMA EUBEO-ÁTICO. 425-

393 a.C.

## DIONISIO II EL JOVEN

*(367 a.J.C.- 344) Hijo y sucesor de Dionisio I el Viejo. Al principio confió el gobierno a su cuñado Dión, pero más tarde le obligó a exiliarse y a vender sus bienes. Sin embargo, Dión, apoyado por Esparta y otras ciudades de Grecia, tomó la ciudadela de Ortigia y se apoderó de Siracusa. Dionisio tuvo que retirarse entonces a Locros.*

## DIÓN DE SIRACUSA

*(Siracusa, 409 a.J.C.- id., 354) Estadista siracusano. Frecuentó la Academia en Grecia, donde adquirió gran popularidad entre los platónicos. Se convirtió en el jefe de la oposición siracusana. Reclutó mercenarios, agrupó a los desterrados y desembarcó en Sicilia en 357. Fue proclamado estratega autocrator (355), y parece ser que mantuvo la tiranía bajo una apariencia oligárquica. Fue asesinado por Calipos, del Partido Democrático.*

**ÍNDICE:**

1. *LAS RAZONES DEL VIAJE, PAG. 1*
2. *UN VIAJE DE ATENAS A SIRACUSA EN EL SIGLO IV A.C. PAG. 2-12*
3. *LAS FUENTES LITERARIAS, PÁG 13-42.*
4. *RECONSTRUCCIÓN DE LA TRAMA, PÁG. 43-50.*
5. *LOS PROTAGONISTAS PRINCIPALES, PÁG.51-53*

### **BIBLIOGRAFÍA:**

*“La navegación mediterránea en la Antigüedad”*, por Sergio Sistac Marina, artículo Dialnet.

*“Rutas de navegación en el Mediterráneo occidental: Condicionantes atmosféricos y aspectos técnicos de la navegación en la antigüedad”*, Sergio Moreno Torres, en Dialnet.

Mark Lillo, *La seducción de Siracusa*; Letras libres, Marzo 2004.

Platón, *Carta séptima*, Gredos.

Diogenes Laercio, *Vida de los filósofos ilustres*, Aguilar.

Plutarco, *Vidas paralelas*, Dión, Aguilar.

W.KC. Guthrie. *Historia de la filosofía griega*, Gredos, volumen IV.

Platón, Paul Friedlander; Tecnos, Madrid 1989

### **PARTICIPANTES:**

*Profesor: Cipriano Játiva*

*Alumnos de 1º bachiller:*

*Javier Roman López*

*Marino Iniesta Escudero*

*Irene Millán Gonzalez*

*Alexandra Stoica*

*Daniel Cuesta Cuerda*

*Lorenzo Diges Pérez*

*Selene Gallego Serrano*

*Joel Carrión Gandia*

*Carlos Martinez*